

# ANTOLOGÍA POÉTICA DE MIGUEL HERNÁNDEZ



Material elaborado por el Departamento de Lengua y Literatura Españolas  
del Instituto Damià Campeny, Mataró  
2010

## Contenido

<b>Perito en lunas (1933)</b> .....	4
(Azahar) .....	4
<b>Poemas (1933-1934)</b> .....	5
El silbo de afirmación en la aldea .....	5
<b>El rayo que no cesa (1934-1935)</b> .....	10
Al derramar tu voz su mansedumbre .....	10
Como el toro he nacido para el luto.....	10
Fatiga tanto andar sobre la arena.....	12
Fuera menos penado si no fuera .....	13
Me llamo barro aunque Miguel me llame. ....	13
Me tiraste un limón, y tan amargo,.....	15
¿No cesará este rayo que me habita .....	15
Soneto final.....	16
Por tu pie, la blancura más bailable,.....	16
Por una senda van los hortelanos,.....	17
¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria .....	17
Silencio de metal triste y sonoro,.....	18
Te me mueres de casta y de sencilla: .....	18
Tengo estos huesos hechos a las penas .....	19
Tu corazón, una naranja helada .....	19
Umbrío por la pena, casi bruno, .....	20
Un carnívoro cuchillo .....	20
Una querencia tengo por tu acento,.....	21
<b>Viento del pueblo (1936-1937)</b> .....	22
"Aceituneros".....	22
Andaluces de Jaén, .....	22
Elegía primera.....	23
Canción del esposo soldado.....	26
El niño yuntero .....	27
Las manos.....	29
El sudor .....	30
Juramento de la alegría.....	32
Rosario, dinamitera.....	33
Sentado sobre los muertos .....	34
Vientos del pueblo me llevan.....	36
<b>Cancionero y romancero de ausencias (1938-1941)</b> .....	38
A la luna venidera.....	38
Antes del odio.....	38
Ascensión de la escoba.....	40
Ausencia en todo veo:.....	41
Besarse, mujer,.....	41
La boca .....	42
Bocas de ira. ....	43

Cada vez que paso .....	43
Antes del odio.....	44
Cogedme, cogedme.....	44
Como la higuera joven.....	44
Cuerpo del amanecer:.....	45
¿De qué adoleció .....	45
19 de diciembre de 1937 .....	46
Después del amor .....	47
El amor ascendía entre nosotros .....	49
El cementerio está cerca .....	49
El corazón es agua.....	50
Muerte nupcial.....	50
El mar también elige .....	51
El niño de la noche .....	51
El sol, la rosa y el niño .....	52
En el fondo del hombre, .....	53
Entusiasmo del odio,.....	53
Era un hoyo no muy hondo.....	53
Hijo de la luz y de la sombra.....	54
Eterna sombra.....	58
Fue una alegría de una sola vez,.....	59
Guerra .....	60
Nanas de la cebolla .....	62
La vejez en los pueblos. ....	64
Las gramas, las ortigas .....	64
Llegó con tres heridas: .....	65
Llebadme al cementerio .....	65
Llueve. Los ojos se ahondan .....	66
Menos tu vientre,.....	67
No quiso ser.....	67
No puedo olvidar .....	67
Vals de los enamorados y unidos hasta siempre.....	68
¿Qué pasa?.....	68
¿Qué quiere el viento de encono .....	69
Querer, querer, querer:.....	69
Rumorosas pestañas .....	69
Sepultura de la imaginación.....	70
Si nosotros viviéramos.....	71
Vuelo.....	71
Sonreír con la alegre tristeza del olivo.....	72
Tanto río que va al mar.....	73
Todas las casas son ojos .....	73
Tristes guerras.....	73
Uvas, granadas, dátiles,.....	74

La cantidad de mundos.....	74
<b>El hombre acecha (1938-1939).....</b>	<b>75</b>
Madre España.....	75
Llamo al toro de España.....	76
Canción primera.....	78
Canción última.....	79
Carta.....	79
El hambre.....	81
El herido.....	83
El tren de los heridos.....	84
Rusia.....	86
<b>Poemas últimos (1939-1941?).....</b>	<b>88</b>
Todo era azul.....	88
Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío.....	88
El niño de la noche.....	89
El hombre no reposa.....	90
Sigo en la sombra, lleno de luz ¿existe el día?.....	91



## Perito en lunas (1933)

*(Azahar)*

Frontera de lo puro, flor y fría.  
Tu blancor de seis filos, complemento,  
en el principal mundo, de tu aliento,  
en un mundo resume un mediodía.  
Astrólogo el ramaje en demasía,  
de verde resultó jamás exento.  
Ártica flor al sur: es necesario  
tu desliz al buen curso del canario.

*Miguel Hernández*

## Poemas (1933-1934)

### *El silbo de afirmación en la aldea*

Alto soy de mirar a las palmeras,  
rudo de convivir con las montañas...  
Yo me vi bajo y blando en las aceras  
de una ciudad espléndida de arañas.  
Difíciles barrancos de escaleras,  
calladas cataratas de ascensores,  
¡qué impresión de vacío!,  
ocupaban el puesto de mis flores,  
los aires de mis aires y mi río.

Yo vi lo más notable de lo mío  
llevado del demonio, y Dios ausente.  
Yo te tuve en el lejos del olvido,  
aldea, huerto, fuente  
en que me vi al descuido:  
huerto, donde me hallé la mejor vida,  
aldea, donde al aire y libremente,  
en una paz meé larga y tendida.

Pero volví en seguida  
mi atención a las puras existencias  
de mi retiro hacia mi ausencia atento,  
y todas sus ausencias  
me llenaron de luz el pensamiento.

Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!,  
vacilando en la cera de los pisos,  
con un temor continuo, un sobresalto,  
que aumentaban los timbres, los avisos,  
las alarmas, los hombres y el asfalto.  
¡Alto!, ¡Alto!, ¡Alto!, ¡Alto!  
¡Orden!, ¡Orden! ¡Qué altiva  
imposición del orden una mano,  
un color, un sonido!  
Mi cualidad visiva,  
¡ay!, perdía el sentido.

Topado por mil senos, embestido  
por más de mil peligros, tentaciones,  
mecánicas jaurías,  
me seguían lujurias y claxones,  
deseos y tranvías.

¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,  
exageradamente pecadores!  
¡Cuánto vocabulario de cristales,  
al frenesí llevando los colores  
en una pugna, en una competencia  
de originalidad y de excelencia!  
¡Qué confusión! ¡Babel de las babeles!  
¡Gran ciudad!: ¡gran demontre!: ¡gran puñeta!  
¡el mundo sobre rieles,  
y su desequilibrio en bicicleta!

Los vicios desdentados, las ancianas  
echándose en las canas rosicleres,  
infamia de las canas,  
y aun buscando sin tuétano placeres.  
Árboles, como locos, enjaulados:  
Alamedas, jardines  
para destuetanarse el mundo; y lados  
de creación ultrajada por orines.

Huele el macho a jazmines,  
y menos lo que es todo parece  
la hembra oliendo a cuadra y podredumbre.

¡Ay, cómo empequeñece  
andar metido en esta muchedumbre!  
¡Ay!, ¿dónde está mi cumbre,  
mi pureza, y el valle del sesteo  
de mi ganado aquel y su pastura?

Y miro, y sólo veo  
velocidad de vicio y de locura.  
Todo eléctrico: todo de momento.  
Nada serenidad, paz recogida.  
Eléctrica la luz, la voz, el viento,  
y eléctrica la vida.  
Todo electricidad: todo presteza  
eléctrica: la flor y la sonrisa,  
el orden, la belleza,  
la canción y la prisa.  
Nada es por voluntad de ser, por gana,  
por vocación de ser. ¿Qué hacéis las cosas  
de Dios aquí: la nube, la manzana,  
el borrico, las piedras y las rosas?

¡Rascacielos!: ¡qué risa!: ¡rascaleches!  
¡Qué presunción los manda hasta el retiro  
de Dios! ¿Cuándo será, Señor, que echas  
tanta soberbia abajo de un suspiro?  
¡Ascensores!: ¡qué rabia! A ver, ¿cuál sube

a la talla de un monte y sobrepasa  
el perfil de una nube,  
o el cardo, que de místico se abrasa  
en la serrana gracia de la altura?  
¡Metro!: ¡qué noche oscura  
para el suicidio del que desespera!:  
¡qué subterránea y vasta gusanera,  
donde se cata y zumba  
la labor y el secreto de la tumba!  
¡Asfalto!: ¡qué impiedad para mi planta!  
¡Ay, qué de menos echa  
el tacto de mi pie mundos de arcilla  
cuyo contacto imanta,  
paisajes de cosecha,  
caricias y tropiezos de semilla!

¡Ay, no encuentro, no encuentro  
la plenitud del mundo en este centro!  
En los naranjos dulces de mi río,  
asombros de oro en estas latitudes,  
oh ciudad cojitranca, desvarío,  
sólo abarca mi mano plenitudes.  
No concuerdo con todas estas cosas  
de escaparate y de bisutería:  
entre sus variedades procelosas,  
es la persona mía,  
como el árbol, un triste anacronismo.  
Y el triste de mí mismo,  
sale por su alegría,  
que se quedó en el mayo de mi huerto,  
de este urbano bullicio  
donde no estoy de mí seguro cierto,  
y es pormayor la vida como el vicio.

\* \* \*

He medio boquiabierto  
la soledad cerrada de mi huerto.  
He regado las plantas:  
las de mis pies impuras y otras santas,  
en la sequía breve de mi ausencia  
por nadie reemplazada. Se derrama,  
rogándome asistencia,  
el limonero al suelo, ya cansino,  
de tanto agrio picudo.  
En el miembro desnudo de una rama,  
se le ve al ave el trino  
recóndito, desnudo.

Aquí la vida es pormenor: hormiga,  
muerte, cariño, pena,  
piedra, horizonte, río, luz, espiga,  
vidrio, surco y arena.  
Aquí está la basura  
en las calles, y no en los corazones.  
Aquí todo se sabe y se murmura:  
No puede haber oculta la criatura  
mala, y menos las malas intenciones.

Nace un niño, y entera  
la madre a todo el mundo del contorno.  
Hay pimentón tendido en la ladera,  
hay pan dentro del horno,  
y el olor llena el ámbito, rebasa  
los límites del marco de las puertas,  
penetra en toda la casa  
y panifica el aire de las huertas.

Con una paz de aceite derramado,  
enciende el río un lado y otro lado  
de su imposible, por eterna, huida.  
Como una miel muy lenta destilada,  
por la serenidad de su caída  
sube la luz a las palmeras: cada  
palmera se disputa  
la soledad suprema de los vientos,  
la delicada gloria de la fruta  
y la supremacía  
de la elegancia de los movimientos  
en la más venturosa geografía.

Está el agua que trina de tan fría  
en la pila y la alberca  
donde aprendí a nadar. Están los pavos,  
la Navidad se acerca,  
explotando de broma en los tapias,  
con los desplantes y los gestos bravos  
y las barbas con ramos de corales.  
Las venas manantiales  
de mi pozo serrano  
me dan, en el pozal que les envío,  
pureza y lustración para la mano,  
para la tierra seca amor y frío.

Haciendo el hortelano,  
hoy en este solaz de regadío  
de mi huerto me quedo.  
No quiero más ciudad, que me reduce  
su visión, y su mundo me da miedo.

¡Cómo el limón reluce  
encima de mi frente y la descansa!  
¡Cómo apunta en el cruce  
de la luz y la tierra el lilio puro!  
Se combate la pita, y se remansa  
el perejil en un aparte oscuro.  
Hay az'har, ¡qué osadía de la nieve!  
y estamos en diciembre, que hasta enero,  
a oler, lucir y porfiar se atreve  
en el alrededor del limonero.

Lo que haya de venir, aquí lo espero  
cultivando el romero y la pobreza.  
Aquí de nuevo empieza  
el orden, se reanuda  
el reposo, por yerros alterado,  
mi vida humilde, y por humilde, muda.  
Y Dios dirá, que está siempre callado.

*Miguel Hernández*

## El rayo que no cesa (1934-1935)

### *Al derramar tu voz su mansedumbre*

de miel bocal, y al puro bamboleo,  
en mis terrestres manos el deseo  
sus rosas pone al fuego de costumbre.

Exasperado llego hasta la cumbre  
de tu pecho de isla, y lo rodeo  
de un ambicioso mar y un pataleo  
de exasperados pétalos de lumbre.

Pero tú te defiendes con murallas  
de mis alteraciones codiciosas  
de sumergirte en tierras y océanos.

Por piedra pura, indiferente, callas:  
callar de piedra, que otras y otras rosas  
me pones y me pones en las manos.

*Miguel Hernández*

### *Como el toro he nacido para el luto*

y el dolor, como el toro estoy marcado  
por un hierro infernal en el costado  
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto  
todo mi corazón desmesurado,  
y del rostro del beso enamorado,  
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,  
la lengua en corazón tengo bañada  
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,  
y dejas mi deseo en una espada,  
como el toro burlado, como el toro.

*Miguel Hernández*

## Elegía

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se  
me ha muerto como del rayo Ramón Sijé,  
con quien tanto quería).

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas  
y órganos mi dolor sin instrumento.  
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo  
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irán a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.

10 de enero de 1936



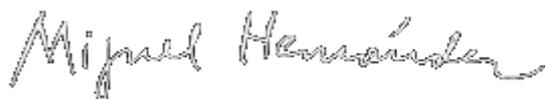
***Fatiga tanto andar sobre la arena***

descorazonadora de un desierto,  
tanto vivir en la ciudad de un puerto  
si el corazón de barcos no se llena.

Angustia tanto el son de la sirena  
oído siempre en un anclado huerto,  
tanto la campanada por el muerto  
que en el otoño y en la sangre suena,

que un dulce tiburón, que una manada  
de inofensivos cuernos recientes,  
habitándome días, meses y años,

ilustran mi garganta y mi mirada  
de sollozos de todos los metales  
y de fieras de todos los tamaños.



***Fuera menos penado si no fuera***

nardo tu tez para mi vista, nardo,  
cardo tu piel para mi tacto, cardo,  
tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera es tu voz para mi oído, tuera,  
y ardo en tu voz y en tu alrededor ardo,  
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo  
miera, mi voz para la tuya miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza,  
ola tu cuerpo si la alcanzo, ola,  
cerca una vez pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,  
sola como un suspiro y un ay, sola,  
terca en su error y en su desgracia terca.

*Miguel Hernández*

***Me llamo barro aunque Miguel me llame.***

Barro es mi profesión y mi destino  
que mancha con su lengua cuanto lame.

Soy un triste instrumento del camino.  
Soy una lengua dulcemente infame  
a los pies que idolatro desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho  
que quiere ser criatura idolatrada,  
embisto a tus zapatos y a sus alrededores,  
y hecho de alfombras y de besos hecho  
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie  
a tu talón mordiente, a tu pisada,  
y siempre a tu pisada me adelanto  
para que tu impasible pie desprecie  
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,  
cuando el vidrio lanar del hielo bala,  
cuando el invierno tu ventana cierra  
bajo a tus pies un gavilán de ala,  
de ala manchada y corazón de tierra.  
Bajo a tus pies un ramo derretido  
de humilde miel pataleada y sola,  
un despreciado corazón caído

en forma de alga y en figura de ola.

Barro en vano me invisto de amapola,  
barro en vano vertiendo voy mis brazos,  
barro en vano te muerdo los talones,  
dándote a malheridos aletazos  
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones  
la imagen de tu huella sobre encima,  
se despedaza y rompe la armadura  
de arroyo bipartido que me ciñe la boca  
en carne viva y pura,  
pidiéndote a pedazos que la oprima  
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,  
los sollozos agitan su arboleda  
de lana cerebral bajo tu paso.  
Y pasas, y se queda  
incendiando su cera de invierno ante el ocaso,  
mártir, alhaja y pasto de la rueda.

Harto de someterse a los puñales  
circulantes del carro y la pezuña,  
teme del barro un parto de animales  
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,  
teme que crezca y suba y cubra tierna,  
tierna y celosamente  
tu tobillo de junco, mi tormento,  
teme que inunde el nardo de tu pierna  
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado  
del blando territorio del invierno  
y estalle y truene y caiga diluviado  
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma  
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo consuma  
el barro ha de volverte de lo mismo.

*Miguel Hernández*

***Me tiraste un limón, y tan amargo,***

con una mano cálida, y tan pura,  
que no menoscabó su arquitectura  
y probé su amargura sin embargo.

Con el golpe amarillo, de un letargo  
dulce pasó a una ansiosa calentura  
mi sangre, que sintió la mordedura  
de una punta de seno duro y largo.

Pero al mirarte y verte la sonrisa  
que te produjo el limonado hecho,  
a mi voraz malicia tan ajena,

se me durmió la sangre en la camisa,  
y se volvió el poroso y áureo pecho  
una picuda y deslumbrante pena.

*Miguel Hernández*

***¿No cesará este rayo que me habita***

el corazón de exasperadas fieras  
y de fraguas coléricas y herreras  
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita  
de cultivar sus duras cabelleras  
como espadas y rígidas hogueras  
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:  
de mí mismo tomó su procedencia  
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota  
y sobre mí dirige la insistencia  
de sus lluviosos rayos destructores.

*Miguel Hernández*

### ***Soneto final***

Por desplumar arcángeles glaciales,  
la nevada lilibal de esbeltos dientes  
es condenada al llanto de las fuentes  
y al desconsuelo de los manantiales.

Por difundir su alma en los metales,  
por dar el fuego al hierro sus orientes,  
al dolor de los yunques inclementes  
lo arrastran los herreros torrenciales.

Al doloroso trato de la espina,  
al fatal desaliento de la rosa  
y a la acción corrosiva de la muerte

arrojado me veo, y tanta ruina  
no es por otra desgracia ni por otra cosa  
que por quererte y sólo por quererte.

*Miguel Hernández*

***Por tu pie, la blancura más bailable,***  
donde cesa en diez partes tu hermosura,  
una paloma sube a tu cintura,  
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable  
del nácar en ridícula estrechura,  
y donde va tu pie va la blancura,  
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,  
arena y mar me arrimo y desarrimo  
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya  
por la voz amorosa del racimo:  
pisa mi corazón que ya es maduro.

*Miguel Hernández*

***Por una senda van los hortelanos,***

que es la sagrada hora del regreso,  
con la sangre injuriada por el peso  
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos  
y van a la canción, y van al beso,  
y van dejando por el aire impreso  
un olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda  
que no conduce al beso aunque es la hora,  
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,  
un toro solo en la ribera llora  
olvidando que es toro y masculino.

*Miguel Hernández*

***¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria***

del privilegio aquel, de aquel aquello  
que era, almenadamente blanco y bello,  
una almena de nata giratoria?

Recuerdo y no recuerdo aquella historia  
de marfil expirado en un cabello,  
donde aprendió a ceñir el cisne cuello  
y a vocear la nieve transitoria.

Recuerdo y no recuerdo aquel cogollo  
de estrangulable hielo femenino  
como una lacteada y breve vía.

Y recuerdo aquel beso sin apoyo  
que quedó entre mi boca y el camino  
de aquel cuello, aquel beso y aquel día.

*Miguel Hernández*

***Silencio de metal triste y sonoro,***

espadas congregando con amores  
en el final de huesos destructores  
de la región volcánica del toro.

Una humedad de femenino oro  
que olió puso en su sangre resplandores,  
y refugió un bramido entre las flores  
como un huracanado y vasto lloro.

De amorosas y cálidas cornadas  
cubriendo está los trebolares tiernos  
con el dolor de mil enamorados.

Bajo su piel las furias refugiadas  
son en el nacimiento de sus cuernos  
pensamientos de muerte edificados.

*Miguel Hernández*

***Te me mueres de casta y de sencilla:***

estoy convicto, amor, estoy confeso  
de que, raptor intrépido de un beso,  
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,  
y desde aquella gloria, aquel suceso,  
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,  
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente  
el pómulo te tiene perseguido,  
cada vez más potente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,  
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!  
para que no se vicie y se desmande.

*Miguel Hernández*

### ***Tengo estos huesos hechos a las penas***

y a las cavilaciones estas sienes:  
pena que vas, cavilación que vienes  
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,  
voy en este naufragio de vaivenes  
por una noche oscura de sartenes  
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio  
si no es tu amor, la tabla que procuro,  
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio  
de que ni en ti siquiera habré seguro,  
voy entre pena y pena sonriendo.

*Miguel Hernández*

### ***Tu corazón, una naranja helada***

con un dentro sin luz de dulce miera  
y una porosa vista de oro: un fuera  
venturas prometiendo a la mirada.

Mi corazón, una febril granada  
de agrupado rubor y abierta cera,  
que sus tiernos collares te ofreciera  
con una obstinación enamorada.

¡Ay, qué acometimiento de quebranto  
ir a tu corazón y hallar un hielo  
de irreductible y pavorosa nieve!

Por los alrededores de mi llanto  
un pañuelo sediento va de vuelo  
con la esperanza de que en él lo abreve.

*Miguel Hernández*

### ***Umbrío por la pena, casi bruno,***

porque la pena tizna cuando estalla,  
donde yo no me hallo no se halla  
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,  
pena es mi paz y pena mi batalla,  
perro que ni me deja ni se calla,  
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,  
cardos y penas siembran sus leopardos  
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona  
rodeada de penas y cardos:  
¡cuánto penar para morirse uno!

*Miguel Hernández*

### ***Un carnívoro cuchillo***

de ala dulce y homicida  
sostiene un vuelo y un brillo  
alrededor de mi vida.

Rayo de metal crispado  
fulgentemente caído,  
picotea mi costado  
y hace en él un triste nido.

Mi sien, florido balcón  
de mis edades tempranas,  
negra está, y mi corazón,  
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud  
del rayo que me rodea,  
que voy a mi juventud  
como la luna a mi aldea.

Recojo con las pestañas  
sal del alma y sal del ojo  
y flores de telarañas  
de mis tristezas recojo.

¿A dónde iré que no vaya  
mi perdición a buscar?  
Tu destino es de la playa  
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor  
de huracán, amor o infierno  
no es posible, y el dolor  
me hará a mi pesar eterno.

Pero al fin podré vencerte,  
ave y rayo secular,  
corazón, que de la muerte  
nadie ha de hacerme dudar.

Sigue, pues, sigue cuchillo,  
volando, hiriendo. Algún día  
se pondrá el tiempo amarillo  
sobre mi fotografía.

*Miguel Hernández*

***Una querencia tengo por tu acento,***  
una apetencia por tu compañía  
y una dolencia de melancolía  
por la ausencia del aire de tu viento.

Paciencia necesita mi tormento,  
urgencia de tu garza galanía,  
tu clemencia solar mi helado día,  
tu asistencia la herida en que lo cuento.

¡Ay querencia, dolencia y apetencia!  
tus sustanciales besos, mi sustento,  
me faltan y me muero sobre mayo.

Quiero que vengas, flor, desde tu ausencia,  
a serenar la sien del pensamiento  
que desahoga en mí su eterno rayo.

*Miguel Hernández*

## Viento del pueblo (1936-1937)

### *"Aceituneros"*

#### *Andaluces de Jaén,*

aceituneros altivos,  
decidme en el alma: ¿quién,  
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,  
ni el dinero, ni el señor,  
sino la tierra callada,  
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura  
y a los planetas unidos,  
los tres dieron la hermosura  
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,  
dijeron al pie del viento.  
Y el olivo alzó una mano  
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
decidme en el alma: ¿quién  
amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,  
no la del explotador  
que se enriqueció en la herida  
generosa del sudor.

No la del terrateniente  
que os sepultó en la pobreza,  
que os pisoteó la frente,  
que os redujo la cabeza.

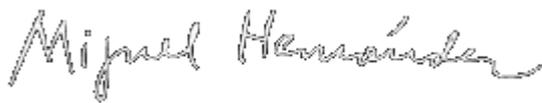
Árboles que vuestro afán  
consagró al centro del día  
eran principio de un pan  
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,  
los pies y las manos presos,  
sol a sol y luna a luna,  
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
pregunta mi alma: ¿de quién,  
de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava  
sobre tus piedras lunares,  
no vayas a ser esclava  
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad  
del aceite y sus aromas,  
indican tu libertad  
la libertad de tus lomas.



### *Elegía primera*

(A Federico García Lorca, poeta).

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,  
y en traje de cañón, las parameras  
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,  
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras,  
¿qué tiempo prevalece la alegría?  
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas  
y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su manto  
vienen una vez más a nuestro encuentro.  
Y una vez más al callejón del llanto  
lloviosamente entro.

Siempre me veo dentro  
de esta sombra de acíbar revocada,  
amasado con ojos y bordones,  
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada  
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,  
en la misma raíz desconsolada  
del agua, del sollozo,  
del corazón quisiera:  
donde nadie me viera la voz ni la mirada,  
ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me cae la frente  
despacio, el corazón se me desgarró  
despacio, y despacirosa y negramente  
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,  
sin olvidar el eco de ninguno,  
por haber resonado más en el alma mía,  
la mano de mi llanto escoge uno.

Federico García  
hasta ayer se llamó: polvo se llama.  
Ayer tuvo un espacio bajo el día  
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!  
Tu agitada alegría,  
que agitaba columnas y alfileres,  
de tus dientes arrancas y sacudes,  
y ya te pones triste, y sólo quieres  
ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,  
durmiéndote de plomo,  
de indiferencia armado y de respeto,  
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,  
que ceñía de espuma  
y de arrullos el cielo y las ventanas,  
como un raudal de pluma  
el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,  
no podrá con tu savia la carcoma,  
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,  
y para dar salud fiera a su poma  
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,  
hijo de la paloma,  
nieta del ruiñeñor y de la oliva:  
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,  
esposo siempre de la siempreviva,  
estiércol padre de la madre selva.

¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,  
pero qué injustamente arrebatada!  
No sabe andar despacio, y acuchilla  
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,  
tú, el gavián más alto, desplomado,  
tú, el más grande rugido,  
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,  
como un derrumbamiento de martillos feroces,  
sobre quien te detuvo mortalmente.  
Salivazos y hoces  
caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente  
herida y moribunda en las entrañas.  
Un cósmico temblor de escalofríos  
mueve temiblemente las montañas,  
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,  
veo un bosque de ojos nunca enjutos,  
avenidas de lágrimas y mantos:  
y en torbellino de hojas y de vientos,  
lutos tras otros lutos y otros lutos,  
llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,  
volcán de arroyo, trueno de panales,  
poeta entretejido, dulce, amargo,  
que al calor de los besos  
sentiste, entre dos largas hileras de puñales,  
largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,  
vienen poblando todos los rincones  
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,  
relámpagos de azules vibraciones.  
Crótalos granizados a montones,  
batallones de flautas, panderos y gitanos,  
ráfagas de abejorros y violines,  
tormentas de guitarras y pianos,  
irrupciones de trompas y clarines.

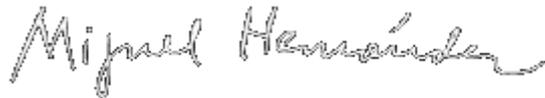
Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento  
en la muerte desierta,  
parece que tu lengua, que tu aliento,  
los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si pasara con tu sombra,  
paseo con la mía

por una tierra que el silencio alfombra,  
que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía  
como un hierro de horca  
y pruebo una bebida funeraria.  
Tú sabes, Federico García Lorca,  
que soy de los que gozan una muerte diaria.



### ***Canción del esposo soldado***

He poblado tu vientre de amor y sementera,  
he prolongado el eco de sangre a que respondo  
y espero sobre el surco como el arado espera:  
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,  
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,  
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos  
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,  
temo que te me rompas al más leve tropiezo,  
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado  
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,  
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.  
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,  
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,  
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa  
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho  
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa  
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,  
te acercas hacia mí como una boca inmensa  
de hambrienta dentadura.

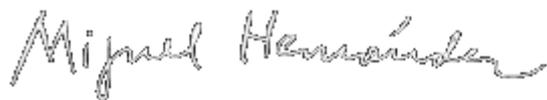
Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:  
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,  
y defiendiendo tu vientre de pobre que me espera,  
y defiendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado  
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,  
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado  
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.  
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,  
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo  
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,  
y tu implacable boca de labios indomables,  
y ante mi soledad de explosiones y brechas  
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.  
Y al fin en un océano de irremediables huesos  
tu corazón y el mío naufragarán, quedando  
una mujer y un hombre gastados por los besos.



### ***El niño yuntero***

Carne de yugo, ha nacido  
más humillado que bello,  
con el cuello perseguido  
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,  
a los golpes destinado,  
de una tierra descontenta  
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo  
de vacas, trae a la vida  
un alma color de olivo  
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza  
a morir de punta a punta  
levantando la corteza  
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente  
la vida como una guerra  
y a dar fatigosamente  
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,  
y ya sabe que el sudor  
es una corona grave  
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja  
masculinamente serio,  
se unge de lluvia y se alhaja  
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,  
y a fuerza de sol, bruñido,  
con una ambición de muerte  
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es  
más raíz, menos criatura,  
que escucha bajo sus pies  
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde  
en la tierra lentamente  
para que la tierra inunde  
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento  
como una grandiosa espina,  
y su vivir ceniciento  
resuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastrojos,  
y devorar un mendrugo,  
y declarar con los ojos  
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,  
y su vida en la garganta,  
y sufro viendo el barbecho  
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo  
menor que un grano de avena?  
¿De dónde saldrá el martillo  
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón  
de los hombres jornaleros,  
que antes de ser hombres son  
y han sido niños yunteros.

## *Las manos*

Dos especies de manos se enfrentan en la vida,  
brotan del corazón, irrumpen por los brazos,  
saltan, y desembocan sobre la luz herida  
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,  
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.  
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,  
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras  
de los trabajadores terrestres y marinos,  
como una primavera de alegres dentaduras,  
de dedos matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,  
retumbantes las venas desde las uñas rotas,  
constelan los espacios de andamios y clamores,  
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,  
muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,  
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares  
fábricas, pueblos, minas.

Estas sonoras manos oscuras y lucientes  
las reviste una piel de invencible corteza,  
y son inagotables y generosas fuentes  
de vida y de riqueza.

Como si con los astros el polvo peleara,  
como si los planetas lucharan con gusanos,  
la especie de las manos trabajadora y clara  
lucha con otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento  
avanzan al hundirse los cielos vespertinos  
unas manos de hueso lívido y avariento,  
paisaje de asesinos.

No han sonado: no cantan. Sus dedos vagan roncós,  
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.  
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,  
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros  
que a nadie corresponden sino a quien los labora,  
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros  
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos  
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña:  
ejecutoras pálidas de los negros deseos  
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden  
al agua y la deshonran, enrojecen y estragan?  
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden  
y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores  
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.  
Y las verán cortadas tantos explotadores  
en sus mismas rodillas.

15 de febrero de 1937



### ***El sudor***

En el mar halla el agua su paraíso ansiado  
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.  
El sudor es un árbol desbordante y salado,  
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota  
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,  
a sustentar la sed y la sal gota a gota,  
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano  
de la lágrima, deja rodando por las eras,  
del abril al octubre, del invierno al verano,  
áureas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada  
a favor de la esteva removiendo el reposo,  
se visten una blusa silenciosa y dorada  
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,  
adorno de las manos como de las pupilas.

Por la atmósfera esparce sus fecundos olores  
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:  
caen los copos del llanto laborioso y oliente,  
maná de los varones y de la agricultura,  
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos  
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,  
no usaréis la corona de los poros abiertos  
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:  
la encendida hermosura reside en los talones  
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados  
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:  
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,  
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,  
venturosos, iguales.

*Miguel Hernández*

## *Juramento de la alegría*

Sobre la roja España blanca y roja,  
blanca y fosforescente,  
una historia de polvo se deshoja,  
irrumpe un sol unánime, batiente.

Es un pleno de abril,  
una primaveral caballería,  
que inunda de galopes los perfiles  
de España: es el ejército del sol, de la alegría.

Desaparece la tristeza, el día  
devorador, el marchitado tallo,  
cuando, avasalladora llamarada,  
galopa la alegría en un caballo  
igual que una bandera desbocada.

A su paso se paran los relojes,  
las abejas, los niños se alborotan,  
los vientres son más fértiles, más profusas las  
trojes,  
saltan las piedras, los lagartos trotan.

Se hacen las carreteras de diamantes,  
el horizonte lo perturban mieses  
y otras visiones relampagueantes,  
y se sienten felices los cipreses.

Avanza la alegría derrumbando montañas  
y las bocas avanzan como escudos.  
Se levanta la risa, se caen las telarañas  
ante el chorro potente de los dientes desnudos.

La alegría es un huerto del corazón con mares  
que a los hombres invaden de rugidos,  
que a las mujeres muerden de collares  
y a la piel de relámpagos transidos.

Alegraos por fin los carcomidos,  
los desplomados bajo la tristeza:  
salid de los vivientes ataúdes,  
sacad de entre las piernas la cabeza,  
caed en la alegría como grandes taludes.

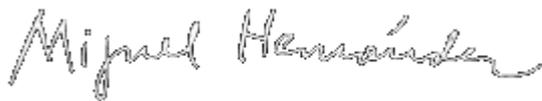
Alegres animales,  
la cabra, el gamo, el potro, las yeguas,  
se desposan delante de los hombres contentos.  
Y paren las mujeres lanzando carcajadas,  
desplegando su carne firmamentos.

Todo son jubilosos juramentos.  
Cigarras, viñas, gallos incendiados,  
los árboles del Sur: naranjos y nopales,  
higueras y palmeras y granados,  
y encima el mediodía curtiendo cereales.

Se despedaza el agua en los zarzales:  
las lágrimas no arrasan,  
no duelen las espinas ni las flechas.  
Y se grita ¡Salud! a todos los que pasan  
con la boca anegada de cosechas.

Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto  
en una muchedumbre de bocas y de brazos.  
Se ve la muerte como un mueble roto,  
como una blanca silla hecha pedazos.

Salí del llanto, me encontré en España,  
en una plaza de hombres de fuego imperativo.  
Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña..  
Me alegré seriamente lo mismo que el olivo.



### ***Rosario, dinamitera***

Rosario, dinamitera,  
sobre tu mano bonita  
celaba la dinamita  
sus atributos de fiera.  
Nadie al mirarla creyera  
que había en su corazón  
una desesperación  
de cristales, de metralla  
ansiosa de una batalla,  
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,  
capaz de fundir leones,  
la flor de las municiones  
y el anhelo de la mecha.  
Rosario, buena cosecha,  
alta como un campanario,  
sembrabas al adversario  
de dinamita furiosa  
y era tu mano una rosa  
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo  
de la condición de rayo  
de las hazañas que callo  
y de la mano que digo.  
¡Bien conoció el enemigo  
la mano de esta doncella,  
que hoy no es mano porque de ella,  
que ni un solo dedo agita,  
se prendó la dinamita  
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,  
puedes ser varón y eres  
la nata de las mujeres  
la espuma de la trinchera.  
Digna como una bandera  
de triunfos y resplandores,  
dinamiteros pastores,  
vedla agitando su aliento  
y dad las bombas al viento  
del alma de los traidores.



### ***Sentado sobre los muertos***

Sentado sobre los muertos  
que se han callado en dos meses,  
beso zapatos vacíos  
y empuño rabiosamente  
la mano del corazón  
y el alma que lo sostiene.

Que mi voz suba a los montes  
y baje a la tierra y truene,  
eso pide mi garganta  
desde ahora y desde siempre.

Acércate a mi clamor,  
pueblo de mi misma leche,  
árbol que con tus raíces  
encarcelado me tienes,  
que aquí estoy yo para amarte  
y estoy para defenderte  
con la sangre y con la boca  
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,  
si yo he nacido de un vientre  
desdichado y con pobreza,  
no fue sino para hacerme  
ruiseñor de las desdichas,  
eco de la mala suerte,  
y cantar y repetir  
a quien escucharme debe  
cuanto a penas, cuanto a pobres,  
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo  
desnudo y sin qué comer,  
y el día de hoy amanece  
justamente aborascado  
y sangriento justamente.  
En su mano los fusiles  
leones quieren volverse:  
para acabar con las fieras  
que lo han sido tantas veces.

Aunque le faltan las armas,  
pueblo de cien mil poderes,  
no desfallezcan tus huesos,  
castiga a quien te malhiere  
mientras que te queden puños,  
uñas, saliva, y te queden  
corazón, entrañas, tripas,  
cosas de varón y dientes.  
Bravo como el viento bravo,  
leve como el aire leve,  
asesina al que asesina,  
aborrece al que aborrece  
la paz de tu corazón  
y el vientre de tus mujeres.  
No te hieran por la espalda,  
vive cara a cara y muere  
con el pecho ante las balas,  
ancho como las paredes.

Canto con la voz de luto,  
pueblo de mí, por tus héroes:  
tus ansias como las mías,  
tus desventuras que tienen  
del mismo metal el llanto,  
las penas del mismo temple,  
y de la misma madera  
tu pensamiento y mi frente,  
tu corazón y mi sangre,  
tu dolor y mis laureles.

Antemuro de la nada  
esta vida me parece.

Aquí estoy para vivir  
mientras el alma me suene,  
y aquí estoy para morir,  
cuando la hora me llegue,  
en los veneros del pueblo  
desde ahora y desde siempre.  
Varios tragos es la vida  
y un solo trago es la muerte.



### *Vientos del pueblo me llevan*

Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran,  
me esparcen el corazón  
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,  
impotentemente mansa,  
delante de los castigos:  
los leones la levantan  
y al mismo tiempo castigan  
con su clamorosa zarpa.

No soy un de pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan  
yacimientos de leones,  
desfiladeros de águilas  
y cordilleras de toros  
con el orgullo en el asta.  
Nunca medraron los bueyes  
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo  
sobre el cuello de esta raza?  
¿Quién ha puesto al huracán  
jamás ni yugos ni trabas,  
ni quién al rayo detuvo  
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,  
vascos de piedra blindada,  
valencianos de alegría  
y castellanos de alma,

labrados como la tierra  
y airosos como las alas;  
andaluces de relámpagos,  
nacidos entre guitarras  
y forjados en los yunques  
torrenciales de las lágrimas;  
extremeños de centeno,  
gallegos de lluvia y calma,  
catalanes de firmeza,  
aragoneses de casta,  
murcianos de dinamita  
frutalmente propagada,  
leoneses, navarros, dueños  
del hambre, el sudor y el hacha,  
reyes de la minería,  
señores de la labranza,  
hombres que entre las raíces,  
como raíces gallardas,  
vais de la vida a la muerte,  
vais de la nada a la nada:  
yugos os quieren poner  
gentes de la hierba mala,  
yugos que habéis de dejar  
rotos sobre sus espaldas.

Crepúsculo de los bueyes  
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos  
de humildad y olor de cuadra;  
las águilas, los leones  
y los toros de arrogancia,  
y detrás de ellos, el cielo  
ni se enturbia ni se acaba.  
La agonía de los bueyes  
tiene pequeña la cara,  
la del animal varón  
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera  
con la cabeza muy alta.  
Muerto y veinte veces muerto,  
la boca contra la grama,  
tendré apretados los dientes  
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,  
que hay ruiseñores que cantan  
encima de los fusiles  
y en medio de las batallas.

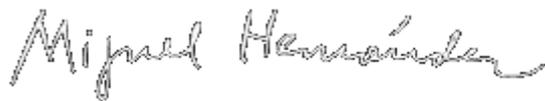
## Cancionero y romancero de ausencias (1938-1941)

### *A la luna venidera*

te acostarás a parir  
y tu vientre irradiará  
la claridad sobre mí.

Alborada de tu vientre,  
cada vez más claro en sí,  
esclareciendo los pozos,  
anocheciendo el marfil.

A la luna venidera  
el mundo se vuelve a abrir.



### *Antes del odio*

Beso soy, sombra con sombra.  
Beso, dolor con dolor,  
por haberme enamorado,  
corazón sin corazón,  
de las cosas, del aliento  
sin sombra de la creación.  
Sed con agua en la distancia,  
pero sed alrededor.

Corazón en una copa  
donde me lo bebo yo  
y no se lo bebe nadie,  
nadie sabe su sabor.  
Odio, vida: ¡cuánto odio  
sólo por amor!

No es posible acariciarte  
con las manos que me dio  
el fuego de más deseo,  
el ansia de más ardor.  
Varias alas, varios vuelos  
abatien en ellas hoy  
hierros que cercan las venas  
y las muerden con rencor.  
Por amor, vida, abatido,

pájaro sin remisión.  
Sólo por amor odiado,  
sólo por amor.

Amor, tu bóveda arriba  
y no abajo siempre, amor,  
sin otra luz que estas ansias,  
sin otra iluminación.  
Mírame aquí encadenado,  
escupido, sin calor,  
a los pies de la tiniebla  
más súbita, más feroz,  
comiendo pan y cuchillo  
como buen trabajador  
y a veces cuchillo sólo,  
sólo por amor.

Todo lo que significa  
golondrinas, ascensión,  
claridad, anchura, aire,  
decidido espacio, sol,  
horizonte aleteante,  
sepultado en un rincón.  
Esperanza, mar, desierto,  
sangre, monte rodador:  
libertades de mi alma  
clamorosas de pasión,  
desfilando por mi cuerpo,  
donde no se quedan, no,  
pero donde se despliegan,  
sólo por amor.

Porque dentro de la triste  
guirnalda del eslabón,  
del sabor a carcelero  
constante, y a paredón,  
y a precipicio en acecho,  
alto, alegre, libre soy.  
Alto, alegre, libre, libre,  
sólo por amor.

No, no hay cárcel para el hombre.  
No podrán atarme, no.  
Este mundo de cadenas  
me es pequeño y exterior.  
¿Quién encierra una sonrisa?  
¿Quién amuralla una voz?  
A lo lejos tú, más sola  
que la muerte, la una y yo.  
A lo lejos tú, sintiendo

en tus brazos mi prisión,  
en tus brazos donde late  
la libertad de los dos.  
Libre soy. Siénteme libre.  
Sólo por amor.

*Miguel Hernández*

### ***Ascensión de la escoba***

Coronad a la escoba de laurel, mirto, rosa.  
Es el héroe entre aquellos que afrontan la basura.  
Para librar del polvo sin vuelo cada cosa  
bajó, porque era palma y azul, desde la altura.

Su ardor de espada joven y alegre no reposa.  
Delgada de ansiedad, pureza, sol, bravura,  
azucena que barre sobre la misma fosa,  
es cada vez más alta, más cálida, más pura.  
Nunca: la escoba nunca será crucificada,  
porque la juventud propaga su esqueleto  
que es una sola flauta muda, pero sonora.

Es una sola lengua sublime y acordada.  
Y ante su aliento raudo se ausenta el polvo quieto.  
Y asciende una palmera, columna hacia la aurora.

*Miguel Hernández*

***Ausencia en todo veo:***

tus ojos la reflejan.

Ausencia en todo escucho:

tu voz a tiempo suena.

Ausencia en todo aspiro:

tu aliento huele a hierba.

Ausencia en todo toco:

tu cuerpo se despuebla.

Ausencia en todo pruebo:

tu boca me destierra.

Ausencia en todo siento:

ausencia, ausencia, ausencia.

*Miguel Hernández*

***Besarse, mujer,***

al sol, es besarnos

en toda la vida.

Asciende los labios,

eléctricamente

vibrantes de rayos,

con todo el furor

de un sol entre cuatro.

Besarse a la luna,

mujer, es besarnos

en toda la muerte:

descienden los labios,

con toda la luna

pidiendo su ocaso,

del labio de arriba,

del labio de abajo,

gastada y helada

y en cuatro pedazos.

*Miguel Hernández*

## *La boca*

Boca que arrastra mi boca:  
boca que me has arrastrado:  
boca que vienes de lejos  
a iluminarme de rayos.

Alba que das a mis noches  
un resplandor rojo y blanco.  
Boca poblada de bocas:  
pájaro lleno de pájaros.  
Canción que vuelve las alas  
hacia arriba y hacia abajo.  
Muerte reducida a besos,  
a sed de morir despacio,  
das a la grama sangrante  
dos fúlgidos aletazos.  
El labio de arriba el cielo  
y la tierra el otro labio.

Beso que rueda en la sombra:  
beso que viene rodando  
desde el primer cementerio  
hasta los últimos astros.  
Astro que tiene tu boca  
enmudecido y cerrado  
hasta que un roce celeste  
hace que vibren sus párpados.

Beso que va a un porvenir  
de muchachas y muchachos,  
que no dejarán desiertos  
ni las calles ni los campos.

¡Cuánta boca enterrada,  
sin boca, desenterramos!

Beso en tu boca por ellos,  
brindo en tu boca por tantos  
que cayeron sobre el vino  
de los amorosos vasos.  
Hoy son recuerdos, recuerdos,  
besos distantes y amargos.

Hundo en tu boca mi vida,  
oigo rumores de espacios,  
y el infinito parece  
que sobre mí se ha volcado.

He de volverte a besar,  
he de volver, hundo, caigo,  
mientras descienden los siglos  
hacia los hondos barrancos  
como una febril nevada  
de besos y enamorados.

Boca que desenterraste  
el amanecer más claro  
con tu lengua. Tres palabras,  
tres fuegos has heredado:  
vida, muerte, amor. Ahí quedan  
escritos sobre tus labios.

*Miguel Hernández*

***Bocas de ira.***

Ojos de acecho.  
Perros aullando.  
Perros y perros.  
Todo baldío.  
Todo reseco.  
Cuerpos y campos,  
cuerpos y cuerpos.

¡Qué mal camino,  
qué ceniciento  
corazón tuyo,  
fértil y tierno!

*Miguel Hernández*

***Cada vez que paso***

bajo tu ventana,  
me azota el aroma  
que aún flota en tu casa.  
Cada vez que paso  
junto al cementerio  
me arrastra la fuerza  
que aún sopla en tus huesos.

*Miguel Hernández*

### ***Antes del odio***

Cerca del agua te quiero llevar,  
porque tu arrullo trascienda del mar.

Cerca del agua te quiero tener,  
porque te aliente su vívido ser.

Cerca del agua te quiero sentir,  
porque la espuma te enseñe a reír.

Cerca del agua te quiero, mujer,  
ver, abarcar, fecundar, conocer.

Cerca del agua perdida del mar,  
que no se puede perder ni encontrar.

*Miguel Hernández*

### ***Cogedme, cogedme.***

Dejadme, dejadme,  
fieras, hombres, sombras,  
soles, flores, mares.

Cogedme.

Dejadme.

*Miguel Hernández*

### ***Como la higuera joven***

de los barrancos eras.  
Y cuando yo pasaba  
sonabas en la sierra.

Como la higuera joven,  
resplandeciente y ciega.

Como la higuera eres.  
Como la higuera vieja.  
Y paso, y me saludan  
silencio y hojas secas.

Como la higuera eres  
que el rayo envejeciera.

***Cuerpo del amanecer:***

flor de la carne florida.  
Siento que no quiso ser  
más allá de flor tu vida.

Corazón que en el tamaño  
de un día se abre y se cierra.  
La flor nunca cumple un año,  
y lo cumple bajo tierra.

*Miguel Hernández*

***¿De qué adoleció***

la mujer aquella?  
Del mal peor:  
del mal de las ausencias.

Y el hombre aquél.

¿De qué murió  
la mujer aquélla?  
Del mal peor:  
del mal de las ausencias.

Y el hombre aquél.

*Miguel Hernández*

## *19 de diciembre de 1937*

Desde que el alba quiso ser alba, toda eres madre. Quiso la luna profundamente llena. En tu dolor lunar he visto dos mujeres, y un removido abismo bajo una luz serena.

¡Qué olor a madre selva desgarrada y hendida!  
¡Qué exaltación de labios y honduras generosas!  
Bajo las huecas ropas aleteó la vida,  
y se sintieron vivas bruscamente las cosas.

Eres más clara. Eres más tierna. Eres más suave,  
Ardes y te consumes con más recogimiento.  
El nuevo amor te inspira la levedad del ave  
y ocupa los caminos pausados de tu aliento.

Ríe, porque eres madre con luna. Así lo expresa  
tu palidez rendida de recorrer lo rojo;  
y ese cerezo exhausto que en tu corazón pesa,  
y el ascua repentina que te agiganta el ojo.

Ríe, que todo ríe; que todo es madre leve.  
Profundidad del mundo sobre el que te has quedado  
sumiéndose y ahondándose mientras la luna mueve,  
igual que tú, su hermosa cabeza hacia otro lado.

Nunca tan parecida tu frente al primer cielo.  
Todo lo abres, todo lo alegras, madre, aurora.  
Vienen rodando el hijo y el sol. Arcos de anhelo  
te impulsan. Eres madre. Sonríe. Ríe. Llor.

*Miguel Hernández*

## *Después del amor*

No pudimos ser. La tierra  
no pudo tanto. No somos  
cuanto se propuso el sol  
en un anhelo remoto.  
Un pie se acerca a lo claro.  
En lo oscuro insiste el otro.  
Porque el amor no es perpetuo  
en nadie, ni en mí tampoco.  
El odio aguarda su instante  
dentro del carbón más hondo.  
Rojo es el odio y nutrido.

El amor, pálido y solo.

Cansado de odiar, te amo.  
Cansado de amar, te odio.

Llueve tiempo, llueve tiempo.  
Y un día triste entre todos,  
triste por toda la tierra,  
triste desde mí hasta el lobo,  
dormimos y despertamos  
con un tigre entre los ojos.

Piedras, hombres como piedras,  
duros y plenos de encono,  
chocan en el aire, donde  
chocan las piedras de pronto.

Soledades que hoy rechazan  
y ayer juntaban sus rostros.  
Soledades que en el beso  
guardan el rugido sordo.  
Soledades para siempre.  
Soledades sin apoyo.

Cuerpos como un mar voraz,  
entrechocado, furioso.

Solitariamente atados  
por el amor, por el odio.  
Por las venas surgen hombres,  
cruzan las ciudades, torvos.

En el corazón arraiga  
solitariamente todo.

Huellas sin compañía quedan  
como en el agua, en el fondo.

Sólo una voz, a lo lejos,  
siempre a lo lejos la oigo,  
acompaña y hace ir  
igual que el cuello a los hombros.

Sólo una voz me arrebató  
este armazón espinoso  
de vello retrocedido  
y erizado que me pongo.

Los secos vientos no pueden  
secar los mares jugosos.  
Y el corazón permanece  
fresco en su cárcel de agosto  
porque esa voz es el arma  
más tierna de los arroyos:

«Miguel: me acuerdo de ti  
después del sol y del polvo,  
antes de la misma luna,  
tumba de un sueño amoroso».

Amor: aleja mi ser  
de sus primeros escombros,  
y edificándome, dicta  
una verdad como un soplo.

Después del amor, la tierra.  
Después de la tierra, todo.

*Miguel Hernández*

***El amor ascendía entre nosotros***

como la luna entre las dos palmeras  
que nunca se abrazaron.

El íntimo rumor de los dos cuerpos  
hacia el arrullo un oleaje trajo,  
pero la ronca voz fue atenazada,  
fueron pétreos los labios.

El ansia de ceñir movió la carne,  
esclareció los huesos inflamados,  
pero los brazos al querer tenderse  
murieron en los brazos.

Pasó el amor, la luna, entre nosotros  
y devoró los cuerpos solitarios.  
Y somos dos fantasmas que se buscan  
y se encuentran lejanos.

*Miguel Hernández*

***El cementerio está cerca***

de donde tú y yo dormimos,  
entre nopales azules,  
pitas azules y niños  
que gritan vívidamente  
si un muerto nubla el camino.

De aquí al cementerio, todo  
es azul, dorado, límpido.  
Cuatro pasos, y los muertos.  
Cuatro pasos, y los vivos.

Límpido, azul y dorado,  
se hace allí remoto el hijo.

*Miguel Hernández*

### ***El corazón es agua***

que se acaricia y canta.

El corazón es puerta  
que se abre y se cierra.

El corazón es agua  
que se remueve, arrolla,  
se arremolina, mata.



### ***Muerte nupcial***

El lecho, aquella hierba de ayer y de mañana:  
este lienzo de ahora sobre madera aún verde,  
flota como la tierra, se sume en la besana  
donde el deseo encuentra los ojos y los pierde.

Pasar por unos ojos como por un desierto:  
como por dos ciudades que ni un amor contienen.  
Mirada que va y vuelve sin haber descubierto  
el corazón a nadie, que todos la enarenen.

Mis ojos encontraron en un rincón los tuyos.  
Se descubrieron mudos entre las dos miradas.  
Sentimos recorrer un palomar de arrullos,  
y un grupo de arrebatos de alas arrebatadas.

Cuanto más se miraban más se hallaban: más hondos  
se veían, más lejos, y más en uno fundidos.  
El corazón se puso, y el mundo, más redondos.  
Atravesaba el lecho la patria de los nidos.

Entonces, el anhelo creciente, la distancia  
que va de hueso a hueso recorrida y unida,  
al aspirar del todo la imperiosa fragancia,  
proyectamos los cuerpos más allá de la vida.

Espiramos del todo. ¡Qué absoluto portento!  
¡Qué total fue la dicha de mirarse abrazados,  
desplegados los ojos hacia arriba un momento,  
y al momento hacia abajo con los ojos plegados!

Peron no moriremos. Fue tan cálidamente  
consumada la vida como el sol, su mirada.  
No es posible perdernos. Somos plena simiente.  
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada.

### *El mar también elige*

puertos donde reír  
como los marineros.

El mar de los que son.

El mar también elige  
puertos donde morir.  
Como los marineros.

El mar de los que fueron.



### *El niño de la noche*

Riéndose, burlándose con claridad del día,  
se hundió en la noche el niño que quise ser dos veces.  
No quise más la luz. ¿Para qué? No saldría  
más de aquellos silencios y aquellas lobregueces.

Quise ser... ¿Para qué?... Quise llegar gozoso  
al centro de la esfera de todo lo que existe.  
Quise llevar la risa como lo más hermoso.  
He muerto sonriendo serenamente triste.

Niño dos veces niño: tres veces venidero.  
Vuelve a rodar por ese mundo opaco del vientre.  
Atrás, amor. Atrás, niño, porque no quiero  
salir donde la luz su gran tristeza encuentre.

Regreso al aire plástico que alentó mi inconsciencia.  
Vuelvo a rodar, consciente del sueño que me cubre.  
En una sensitiva sombra de transparencia,  
en un íntimo espacio rodar de octubre a octubre.

Vientre: carne central de todo lo existente.  
Bóveda eternamente si azul, si roja, oscura.  
Noche final en cuya profundidad se siente  
la voz de las raíces y el soplo de la altura.

Bajo tu piel avanzo, y es sangre la distancia.  
Mi cuerpo en una densa constelación gravita.  
El universo agolpa su errante resonancia  
allí, donde la historia del hombre ha sido escrita.

Mirar, y ver en torno la soledad, el monte,  
el mar, por la ventana de un corazón entero  
que ayer se acongojaba de no ser horizonte  
abierto a un mundo menos mudable y pasajero.

Acumular la piedra y el niño para nada:  
para vivir sin alas y oscuramente un día.  
Pirámide de sal temible y limitada,  
sin fuego ni frescura. No. Vuelve, vida mía.

Mas, algo me ha empujado desesperadamente.  
Caigo en la madrugada del tiempo, del pasado.  
Me arrojan de la noche. Y ante la luz hiriente  
vuelvo a llorar desnudo, como siempre he llorado.

*Miguel Hernández*

### ***El sol, la rosa y el niño***

flores de un día nacieron.  
Los de cada día son  
soles, flores, niños nuevos.

Mañana no seré yo:  
otro será el verdadero.  
Y no seré más allá  
de quien quiera su recuerdo.

Flor de un día es lo más grande  
al pie de lo más pequeño.  
Flor de la luz el relámpago,  
y flor del instante el tiempo.

Entre las flores te fuiste.  
Entre las flores me quedo.

*Miguel Hernández*

***En el fondo del hombre,***

agua removida.

En el agua más clara,  
quiero ver la vida.

En el fondo del hombre,  
agua removida.

En el agua más clara,  
sombra sin salida.

En el fondo del hombre,  
agua removida.

*Miguel Hernández*

***Entusiasmo del odio,***

ojos del mal querer.  
Turbio es el hombre,  
turbia la mujer.

*Miguel Hernández*

***Era un hoyo no muy hondo.***

Casi en la flor de la sombra.  
No hubiera cabido un hombre  
en su oscuridad angosta.

Contigo todo fue anchura  
en la tierra tenebrosa.

Mi casa contigo era  
la habitación de la bóveda.  
Dentro de mi casa entraba  
por ti la luz victoriosa.

Mi casa va siendo un hoyo.  
Yo no quisiera que toda  
aquella luz se alejara  
vencida, desde la alcoba.

Pero cuando llueve, siento  
que las paredes se ahondan,

y reverdecen los muebles,  
rememorando las hojas.

Mi casa es una ciudad  
con una puerta a la aurora,  
otra más grande a la tarde,  
y a la noche, inmensa, otra.

En mi casa falta un cuerpo.

Dos en nuestra casa sobran.



### ***Hijo de la luz y de la sombra***

#### I (HIJO DE LA SOMBRA)

Eres la noche, esposa: la noche en el instante  
mayor de su potencia lunar y femenina.  
Eres la medianoche: la sombra culminante  
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Forjado por el día, mi corazón que quema  
lleva su gran pisada de sol a donde quieres,  
con un solar impulso, con una luz suprema,  
cumbre de las mañanas y los atardeceres.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje  
su avaricioso anhelo de imán y poderío.  
Un astral sentimiento febril me sobrecoge,  
incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos,  
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.  
Como una tempestad de enloquecidos lechos,  
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

La noche se ha encendido como una sorda hoguera  
de llamas minerales y oscuras embestidas.  
Y alrededor la sombra late como si fuera  
las almas de los pozos y el vino difundidas.

Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente,  
la visible ceguera puesta sobre quien ama;  
ya provoca el abrazo cerrado, ciegamente,

ya recoge en sus cuevas cuanto la luz derrama.

La sombra pide, exige seres que se entrelacen,  
besos que la constelen de relámpagos largos,  
bocas embravecidas, batidas, que atenacen,  
arrullos que hagan música de sus mudos letargos.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,  
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.  
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,  
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

El hijo está en la sombra que acumula luceros,  
amor, tuétano, luna, claras oscuridades.  
Brotó de sus perezas y de sus agujeros,  
y de sus solitarias y apagadas ciudades.

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surtido,  
y a su origen infunden los astros una siembra,  
un zumo lácteo, un flujo de cálido latido,  
que ha de obligar sus huesos al sueño y a la hembra.

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,  
tendiendo está la sombra su constelada umbría,  
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.  
Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.

## II (HIJO DE LA LUZ)

Tú eres el alba, esposa: la principal penumbra,  
recibes entornadas las horas de tu frente.  
Decidido al fulgor, pero entornado, alumbra  
tu cuerpo. Tus entrañas forjan el sol naciente.

Centro de claridades, la gran hora te espera  
en el umbral de un fuego que el fuego mismo abrasa:  
te espero yo, inclinado como el trigo a la era,  
colocando en el centro de la luz nuestra casa.

La noche desprendida de los pozos oscuros,  
se sumerge en los pozos donde ha echado raíces.  
Y tú te abres al parto luminoso, entre muros  
que se rasgan contigo como pétreas matrices.

La gran hora del parto, la más rotunda hora:  
estallan los relojes sintiendo tu alarido,  
se abren todas las puertas del mundo, de la aurora,  
y el sol nace en tu vientre donde encontró su nido.

El hijo fue primero sombra y ropa cosida

por tu corazón hondo desde tus hondas manos.  
Con sombras y con ropas anticipó su vida,  
con sombras y con ropas de gérmenes humanos.

Las sombras y las ropas sin población, desiertas,  
se han poblado de un niño sonoro, un movimiento,  
que en nuestra casa pone de par en par las puertas,  
y ocupa en ella a gritos el luminoso asiento.

¡Ay, la vida: qué hermoso penar tan moribundo!  
Sombras y ropas trajo la del hijo que nombras.  
Sombras y ropas llevan los hombres por el mundo.  
Y todos dejan siempre sombras: ropas y sombras.

Hijo del alba eres, hijo del mediodía.  
Y ha de quedar de ti luces en todo impuestas,  
mientras tu madre y yo vamos a la agonía,  
dormidos y despiertos con el amor a cuestras.

Hablo y el corazón me sale en el aliento.  
Si no hablara lo mucho que quiero me ahogaría.  
Con espliego y resinas perfume tu aposento.  
Tú eres el alba, esposa. Yo soy el mediodía.

### III (HIJO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA)

Tejidos en el alba, grabados, dos panales  
no pueden detener la miel en los pezones.  
Tus pechos en el alba: maternos manantiales,  
luchan y se atropellan con blancas efusiones.

Se han desbordado, esposa, lunarmente tus venas,  
hasta inundar la casa que tu sabor rezuma.  
Y es como si brotaras de un pueblo de colmenas,  
tú toda una colmena de leche con espuma.

Es como si tu sangre fuera dulzura toda,  
laboriosas abejas filtradas por tus poros.  
Oigo un clamor de leche, de inundación, de boda  
junto a ti, recorrida por caudales sonoros.

Caudalosa mujer, en tu vientre me entierro.  
Tu caudaloso vientre será mi sepultura.  
Si quemaran mis huesos con la llama del hierro,  
verían qué grabada llevo allí tu figura.

Para siempre fundidos en el hijo quedamos:  
fundidos como anhelan nuestras ansias voraces:  
en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,  
en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.

Los muertos, con un fuego congelado que abrasa,  
laten junto a los vivos de una manera terca.  
Viene a ocupar el hijo los campos y la casa  
que tú y yo abandonamos quedándonos muy cerca.

Haremos de este hijo generador sustento,  
y hará de nuestra carne materia decisiva:  
donde sienten su alma las manos y el aliento,  
las hélices circulen, la agricultura viva.

Él hará que esta vida no caiga derribada,  
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,  
que de nuestras dos bocas hará una sola espada  
y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.

No te quiero a ti sola: te quiero en tu ascendencia  
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.  
Porque la especie humana me han dado por herencia,  
la familia del hijo será la especie humana.

Con el amor auestas, dormidos y despiertos,  
seguiremos besándonos en el hijo profundo.  
Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,  
se besan los primeros pobladores del mundo.

*Miguel Hernández*

## *Eterna sombra*

Yo que creí que la luz era mía  
precipitado en la sombra me veo.  
Ascuas solar, sideral alegría  
ígneas de espuma, de luz, de deseo.

Sangre ligera, redonda, granada:  
raudo anhelar sin perfil ni penumbra.  
Fuera, la luz en la luz sepultada.  
Siento que sólo la sombra me alumbra.

Sólo la sombra. Sin astro. Sin cielo.  
Seres. Volúmenes. Cuerpos tangibles  
dentro del aire que no tiene vuelo,  
dentro del árbol de los imposibles.

Cárdenos ceños, pasiones de luto.  
Dientes sedientos de ser colorados.  
Oscuridad del rencor absoluto.  
Cuerpos lo mismo que pozos cegados.

Falta el espacio. Se ha hundido la risa.  
Ya no es posible lanzarse a la altura.  
El corazón quiere ser más de prisa  
fuerza que ensancha la estrecha negrura.

Carne sin norte que va en oleada  
hacia la noche siniestra, baldía.  
¿Quién es el rayo de sol que la invada?  
Busco. No encuentro ni rastro del día.

Sólo el fulgor de los puños cerrados,  
el resplandor de los dientes que acechan.  
Dientes y puños de todos los lados.  
Más que las manos, los montes se estrechan.

Turbia es la lucha sin sed de mañana.  
¡Qué lejanía de opacos latidos!  
Soy una cárcel con una ventana  
ante una gran soledad de rugidos.

Soy una abierta ventana que escucha.  
por donde va tenebrosa la vida.  
Pero hay un rayo de sol en la lucha  
que siempre deja la sombra vencida.

*Fue una alegría de una sola vez,*  
de esas que no son nunca más iguales.  
El corazón, lleno de historias tristes,  
fue arrebatado por las claridades.

Fue una alegría como la mañana,  
que puso azul el corazón, y grande,  
más comunicativo su latido,  
más esbelta su cumbre aleteante.

Fue una alegría que dolió de tanto  
encenderse, reírse, dilatarse.  
Una mujer y yo la recogimos  
desde un niño rodado de su carne.

Fue una alegría en el amanecer  
más virginal de todas las verdades.  
Se inflamaban los gallos, y callaron  
atravesados por su misma sangre.

Fue la primera vez de la alegría  
la sola vez de su total imagen.  
Las otras alegrías se quedaron  
como granos de arena ante los mares.

Fue una alegría para siempre sola,  
para siempre dorada, destellante.  
Pero es una tristeza para siempre,  
porque apenas nacida fue a enterrarse.

*Miguel Hernández*

## *Guerra*

Todas las madres del mundo,  
ocultan el vientre, tiemblan,  
y quisieran retirarse,  
a virginidades ciegas,  
el origen solitario  
y el pasado sin herencia.  
Pálida, sobrecogida  
la fecundidad se queda.  
El mar tiene sed y tiene  
sed de ser agua la tierra.  
Alarga la llama el odio  
y el amor cierra las puertas.  
Voces como lanzas vibran,  
voces como bayonetas.  
Bocas como puños vienen,  
puños como cascos llegan.  
Pechos como muros roncoss,  
piernas como patas recias.  
El corazón se revuelve,  
se atorbellina, revienta.  
Arroja contra los ojos  
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo,  
precipita la cabeza  
y busca un hueco, una herida  
por donde lanzarse afuera.  
La sangre recorre el mundo  
enjaulada, insatisfecha.  
Las flores se desvanecen  
devoradas por la hierba.  
Ansias de matar invaden  
el fondo de la azucena.  
Acoplarse con metales  
todos los cuerpos anhelan:  
desposarse, poseerse  
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia  
general, creciente, reina.  
Un fantasma de estandartes,  
una bandera quimérica,  
un mito de patrias: una  
grave ficción de fronteras.  
Músicas exasperadas,  
duras como botas, huellan

la faz de las esperanzas  
y de las entrañas tiernas.  
Crepita el alma, la ira.  
El llanto relampaguea.  
¿Para qué quiero la luz  
si tropiezo con tinieblas?

Pasiones como clarines,  
coplas, trompas que aconsejan  
devorarse ser a ser,  
destruirse, piedra a piedra.  
Relinchos. Retumbos. Truenos.  
Salivazos. Besos. Ruedas.  
Espuelas. Espadas locas  
abren una herida inmensa.

Después, el silencio, mudo  
de algodón, blanco de vendas,  
cárdeno de cirugía,  
mutilado de tristeza.  
El silencio. Y el laurel  
en un rincón de osamentas.  
Y un tambor enamorado,  
como un vientre tenso, suena  
detrás del innumerable  
muerto que jamás se aleja.

*Miguel Hernández*

## *Nanas de la cebolla*

La cebolla es escarcha  
cerrada y pobre:  
escarcha de tus días  
y de mis noches.  
Hambre y cebolla:  
hielo negro y escarcha  
grande y redonda.

En la cuna del hambre  
mi niño estaba.  
Con sangre de cebolla  
se amamantaba.  
Pero tu sangre,  
escarchada de azúcar,  
cebolla y hambre.

Una mujer morena,  
resuelta en luna,  
se derrama hilo a hilo  
sobre la cuna.  
Ríete, niño,  
que te tragas la luna  
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,  
ríete mucho.  
Es tu risa en los ojos  
la luz del mundo.  
Ríete tanto  
que en el alma al oírte,  
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,  
me pone alas.  
Soledades me quita,  
cárcel me arranca.  
Boca que vuela,  
corazón que en tus labios  
relampaguea.

Es tu risa la espada  
más victoriosa.  
Vencedor de las flores  
y las alondras.  
Rival del sol.

Porvenir de mis huesos  
y de mi amor.

La carne aleteante,  
súbito el párpado,  
el vivir como nunca  
coloreado.  
¡Cuánto jilguero  
se remonta, aletea,  
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño.  
Nunca despiertes.  
Triste llevo la boca.  
Ríete siempre.  
Siempre en la cuna,  
defendiendo la risa  
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,  
tan extendido,  
que tu carne parece  
cielo cernido.  
¡Si yo pudiera  
remontarme al origen  
de tu carrera!

Al octavo mes ríes  
con cinco azahares.  
Con cinco diminutas  
ferocidades.  
Con cinco dientes  
como cinco jazmines  
adolescentes.

Frontera de los besos  
serán mañana,  
cuando en la dentadura  
sientas un arma.  
Sientas un fuego  
correr dientes abajo  
buscando el centro.

Vuela niño en la doble  
luna del pecho.  
Él, triste de cebolla.  
Tú, satisfecho.  
No te derrumbes.  
No sepas lo que pasa  
ni lo que ocurre.

### ***La vejez en los pueblos.***

El corazón sin dueño.  
El amor sin objeto.  
La hierba, el polvo, el cuervo.  
¿Y la juventud?

En el ataúd.

El árbol, solo y seco.  
La mujer, como un leño  
de viudez sobre el lecho.  
El odio, sin remedio.  
¿Y la juventud?

En el ataúd.

*Miguel Hernández*

### ***Las gramas, las ortigas***

en el otoño avanzan  
con una suavidad  
y una ternura largas.

El otoño, un sabor  
que separa las cosas,  
las aleja y arrastra.

Llueve sobre el tejado  
como sobre una caja  
mientras la hierba crece  
como una joven ala.

Las gramas, las ortigas  
nutre una misma savia.

*Miguel Hernández*

***Llegó con tres heridas:***

la del amor,  
la de la muerte,  
la de la vida.

Con tres heridas viene:

la de la vida,  
la del amor,  
la de la muerte.

Con tres heridas yo:

la de la vida,  
la de la muerte,  
la del amor.

*Miguel Hernández*

***Llebadme al cementerio***

de los zapatos viejos.

Echadme a todas horas  
la pluma de la escoba.

Sembradme con estatuas  
de rígida mirada.

Por un huerto de bocas,  
futuras y doradas,  
relumbrará mi sombra.

*Miguel Hernández*

### *Llueve. Los ojos se ahondan*

buscando tus ojos: esos  
dos ojos que se alejaron  
a la sombra cuenca adentro.

Mirada con horizontes  
cálidos y fondos tiernos,  
íntimamente alentada  
por un sol de íntimo fuego  
que era en las pestañas negra  
coronación de los sueños.

Mirada negra y dorada,  
hecha de dardos directos,  
signo de un alma en lo alto  
de todo lo verdadero.

Ojos que se han consumado  
infinitamente abiertos  
hacia el saber que vivir  
es llevar la luz a un centro.

Llueve como si llorara  
raudales un ojo inmenso,  
un ojo gris, desangrado,  
pisoteado en el cielo.  
Llueve sobre tus dos ojos  
negros, negros, negros, negros,  
y llueve como si el agua  
verdes quisiera volverlos.

Pero sus arcos prosiguen  
alejándose y hundiendo  
negrura frutal en todo  
el corazón de lo negro.

¿Volverán a florecer?

Si a través de tantos cuerpos  
que ya combaten la flor  
renovaran su ascua... Pero  
seguirán bajo la lluvia  
para siempre mustios, secos.

*Miguel Hernández*

### ***Menos tu vientre,***

todo es confuso.  
Menos tu vientre,  
todo es futuro  
fugaz, pasado  
baldío, turbio.  
Menos tu vientre,  
todo es oculto.  
Menos tu vientre,  
todo inseguro,  
todo postrero,  
polvo sin mundo.  
Menos tu vientre,  
todo es oscuro.  
Menos tu vientre  
claro y profundo.

*Miguel Hernández*

### ***No quiso ser***

No conoció el encuentro  
del hombre y la mujer.  
El amoroso vello  
no pudo florecer.

Detuvo sus sentidos  
negándose a saber  
y descendieron diáfanos  
ante el amanecer.

Vio turbio su mañana  
y se quedó en su ayer.

No quiso ser.

### ***No puedo olvidar***

que no tengo alas,  
que no tengo mar,  
vereda ni nada  
con que irte a besar.

*Miguel Hernández*

## *Vals de los enamorados y unidos hasta siempre*

No salieron jamás  
del vergel del abrazo.  
Y ante el rojo rosal  
de los besos rodaron.

Huracanes quisieron  
con rencor separarlos.  
Y las hachas tajantes  
y los rígidos rayos.

Aumentaron la tierra  
de las pálidas manos.  
Precipicios midieron,  
por el viento impulsados  
entre bocas deshechas.  
Recorrieron naufragios,  
cada vez más profundos  
en sus cuerpos sus brazos.

Perseguidos, hundidos  
por un gran desamparo  
de recuerdos y lunas  
de noviembre y marzos,  
aventados se vieron  
como polvo liviano:  
aventados se vieron,  
pero siempre abrazados.

*Miguel Hernández*

### *¿Qué pasa?*

Rencor por tu mundo,  
amor por mi casa.

¿Qué suena?

El tiro en tu monte,  
y el beso en mis eras.

¿Qué viene?

Para ti una sola,  
para mí dos muertes.

*Miguel Hernández*

***¿Qué quiere el viento de encono***

que baja por el barranco  
y violenta las ventanas  
mientras te visto de abrazos?

Derribarnos, arrastrarnos.

Derribadas, arrastradas,  
las dos sangres se alejaron.  
¿Qué sigue queriendo el viento  
cada vez más enconado?

Separarnos.

*Miguel Hernández*

***Querer, querer, querer:***

ésa fue mi corona,  
ésa es.

*Miguel Hernández*

***Rumorosas pestañas***

de los cañaverales.  
Cayendo sobre el sueño  
del hombre hasta dejarle  
el pecho apaciguado  
y la cabeza suave.

Ahogad la voz del arma,  
que no despierte y salte  
con el cuchillo de odio  
que entre sus dientes late.  
Así, dormido, el hombre  
toda la tierra vale.

*Miguel Hernández*

## *Sepultura de la imaginación*

Un albañil quería... No le faltaba aliento.  
Un albañil quería, piedra tras piedra, muro  
tras muro, levantar una imagen al viento  
desencadenador en el futuro.

Quería un edificio capaz de lo más leve.  
No le faltaba aliento. ¡Cuánto aquel ser quería!  
Piedras de plumas, muros de pájaros los mueve  
una imaginación al mediodía.

Reía. Trabajaba. Cantaba. De sus brazos,  
con un poder más alto que el ala de los truenos  
iban brotando muros lo mismo que aletazos.  
Pero los aletazos duran menos.

Al fin, era la piedra su agente. Y la montaña  
tiene valor de vuelo si es totalmente activa.  
Piedra por piedra es peso y hunde cuanto acompaña  
aunque esto sea un mundo de ansia viva.

Un albañil quería... Pero la piedra cobra  
su torva densidad brutal en un momento.  
Aquel hombre labraba su cárcel. Y en su obra  
fueron precipitados él y el viento.

*Miguel Hernández*

### *Si nosotros viviéramos*

lo que la rosa, con su intensidad,  
el profundo perfume de los cuerpos  
sería mucho más.

¡Ay, breve vida intensa  
de un día de rosales secular,  
pasaste por la casa  
igual, igual, igual,  
que un meteoro herido, perfumado  
de hermosura y verdad.

La huella que has dejado es un abismo  
con ruinas de rosal  
donde un perfume que no cesa hace  
que vayan nuestros cuerpos más allá.



### *Vuelo*

Sólo quien ama vuela. Pero ¿quién ama tanto  
que sea como el pájaro más leve y fugitivo?  
Hundiendo va este odio reinante todo cuanto  
quisiera remontarse directamente vivo.

Amar... Pero ¿quién ama? Volar... Pero ¿quién vuela?  
Conquistaré el azul ávido de plumaje,  
pero el amor, abajo siempre, se desconsuela  
de no encontrar las alas que da cierto coraje.

Un ser ardiente, claro de deseos, alado,  
quiso ascender, tener la libertad por nido.  
Quiso olvidar que el hombre se aleja encadenado.  
Donde faltaban plumas puso valor y olvido.

Iba tan alto a veces, que le resplandecía  
sobre la piel el cielo, bajo la piel el ave.  
Ser que te confundiste con una alondra un día,  
te desplomaste otros como el granizo grave.

Ya sabes que las vidas de los demás son losas  
con que tapiarte: cárceles con que tragar la tuya.  
Pasa, vida, entre cuerpos, entre rejas hermosas.  
A través de las rejas, libre la sangre afluya.

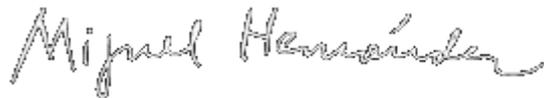
Triste instrumento alegre de vestir: apremiante  
tubo de apetecer y respirar el fuego.

Espada devorada por el uso constante.  
Cuerpo en cuyo horizonte cerrado me despliego.

No volarás. No puedes volar, cuerpo que vagas  
por estas galerías donde el aire es mi nudo.  
Por más que te debatas en ascender, naufragas.  
No clamarás. El campo sigue desierto y mudo.

Los brazos no aletean. Son acaso una cola  
que el corazón quisiera lanzar al firmamento.  
La sangre se entristece de batirse sola.  
Los ojos vuelven tristes de mal conocimiento.

Cada ciudad, dormida, despierta loca, exhala  
un silencio de cárcel, de sueño que arde y llueve  
como un élitro ronco de no poder ser ala.  
El hombre yace. El cielo se eleva. El aire mueve.



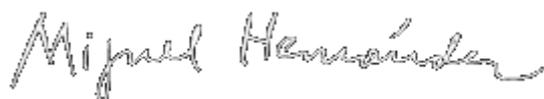
### ***Sonreír con la alegre tristeza del olivo***

Sonreír con la alegre tristeza del olivo.  
Esperar. No cansarse de esperar la alegría.  
Sonriamos. Doremos la luz de cada día  
en esta alegre y triste vanidad del ser vivo.

Me siento cada día más libre y más cautivo  
en toda esta sonrisa tan clara y tan sombría.  
Cruzan las tempestades sobre tu boca fría  
como sobre la mía que aún es un soplo estivo.

Una sonrisa se alza sobre el abismo: crece  
como un abismo trémulo, pero valiente en alas.  
Una sonrisa eleva calientemente el vuelo.

Diurna, firme, arriba, no baja, no anochece.  
Todo lo desafías, amor: todo lo escalas.  
Con sonrisa te fuiste de la tierra y del cielo.



***Tanto río que va al mar***

donde no hace falta el agua.  
Tantos campos que se secan.  
Tantos cuerpos que se abrazan.

*Miguel Hernández*

***Todas las casas son ojos***

que resplandecen y acechan.

Todas las casas son bocas  
que escupen, muerden y besan.

Todas las casas son brazos  
que se empujan y se estrechan.

De todas las casas salen  
soplos de sombra y de selva.

En todas hay un clamor  
de sangre insatisfechas.

Y a un grito todas las casas  
se asaltan y se despueblan.

Y a un grito todas se aplacan,  
y se fecundan, y se esperan.

*Miguel Hernández*

***Tristes guerras***

si no es amor la empresa.

Tristes. Tristes.

Tristes armas  
si no son las palabras.

Tristes. Tristes.

Tristes hombres  
si no mueren de amores.

Tristes. Tristes.

***Uvas, granadas, dátiles,***

doradas, rojas, rojos,  
hierbabuena del alma,  
azafrán de los poros.

Uvas como tu frente,  
uvas como tus ojos.  
Granadas con la herida  
de tu florido asombro,  
dátiles con tu esbelta  
ternura sin retorno,  
azafrán, hierbabuena  
llueve a grandes chorros  
sobre la mesa pobre,  
gastada, del otoño,  
muerto que te derramas  
muerto que yo conozco,  
muerto frutal, caído  
con octubre en los hombros.

*Miguel Hernández*

***La cantidad de mundos***

que con los ojos abres,  
que cierras con los brazos.  
La cantidad de mundos  
que con los ojos cierras,  
que con los brazos abres.

*Miguel Hernández*

## El hombre acecha (1938-1939)

### *Madre España*

Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra,  
con todas las raíces y todos los corajes,  
¿quién me separará, me arrancará de ti,  
madre?

Abrazado a tu vientre, ¿quién me lo quitará,  
si su fondo titánico da principio a mi carne?  
abrazado a tu vientre, que es mi perpetua casa,  
¡nadie!

Madre: abismo de siempre, tierra de siempre: entrañas  
donde desembocando se unen todas las sangres:  
donde todos los huesos caídos se levantan:  
madre.

Decir madre es decir tierra que me ha parido;  
es decir a los muertos: hermanos, levantarse;  
es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo  
sangre.

La otra madre es un puente, nada más, de tus ríos.  
El otro pecho es una burbuja de tus mares.  
Tú eres la madre entera con todo su infinito,  
madre.

Tierra: tierra en la boca, y en el alma, y en todo.  
Tierra que voy comiendo, que al fin ha de tragarme.  
Con más fuerza que antes, volverás a parirme,  
madre.

Cuando sobre tu cuerpo sea una leve huella,  
volverás a parirme con más fuerza que antes.  
Cuando un hijo es un hijo, vive y muere gritando:  
¡madre!

Hermanos: defendamos su vientre acometido,  
hacia donde los grajos crecen de todas partes,  
pues, para que las malas alas vuelen, aún quedan  
aires.

Echad a las orillas de vuestro corazón  
el sentimiento en límites, los efectos parciales.

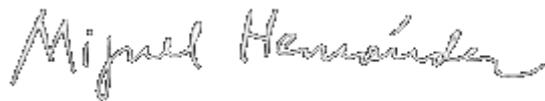
Son pequeñas historias al lado de ella, siempre grande.

Una fotografía y un pedazo de tierra,  
una carta y un monte son a veces iguales.  
Hoy eres tú la hierba que crece sobre todo,  
madre.

Familia de esta tierra que nos funde en la luz,  
los más oscuros muertos pugnan por levantarse,  
fundirse con nosotros y salvar la primera  
madre.

España, piedra estoica que se abrió en dos pedazos  
de dolor y de piedra profunda para darme:  
no me separarán de tus altas entrañas,  
madre.

Además de morir por ti, pido una cosa:  
que la mujer y el hijo que tengo, cuando pasen,  
vayan hasta el rincón que habite de tu vientre,  
madre.



### *Llamo al toro de España*

Alza, toro de España: levántate, despierta.  
Despiértate del todo, toro de negra espuma,  
que respiras la luz y rezumas la sombra,  
y concentras los mares bajo tu piel cerrada.

Despiértate.

Despiértate del todo, que te veo dormido,  
un pedazo del pecho y otro de la cabeza:  
que aún no te has despertado como despierta un toro  
cuando se le acomete con traiciones lobunas.

Levántate.

Resopla tu poder, despliega tu esqueleto,  
enarbola tu frente con las rotundas hachas,  
con las dos herramientas de asustar a los astros,  
de amenazar al cielo con astas de tragedia.

Esgrímete.

Toro en la primavera más toro que otras veces,  
en España más toro, toro, que en otras partes.  
Más cálido que nunca, más volcánico, toro,  
que irradias, que iluminas al fuego, yérguete.

Desencadénate.

Desencadena el raudo corazón que te orienta  
por las plazas de España, sobre su astral arena.  
A desollarte vivo vienen lobos y águilas  
que han envidiado siempre tu hermosura de pueblo.

Yérguete.

No te van a castrar: no dejarás que llegue  
hasta tus atributos de varón abundante  
esa mano felina que pretende arrancártelos  
de cuajo, impunemente: pataléalos, toro.

Víbrate.

No te van a absorber la sangre de riqueza,  
no te arrebatarán los ojos minerales.  
La piel donde recoge resplandor el lucero  
no arrancarán del toro de torrencial mercurio.

Revuélvete.

Es como si quisieran arrancar la piel al sol,  
al torrente la espuma con uña y picotazo.  
No te van a castrar, poder tan masculino  
que fecundas la piedra; no te van a castrar.

Truénate.

No retrocede el toro: no da un paso hacia atrás  
si no es para escarbar sangre y furia en la arena,  
unir todas sus fuerzas, y desde las pezuñas  
abalanzarse luego con decisión de rayo.

Abalánzate.

Gran toro que en el bronce y en la piedra has mamado,  
y en el granito fiero paciste la fiereza:  
revuélvete en el alma de todos los que han visto  
la luz primera en esta península ultrajada.

Revuélvete.

Partido en dos pedazos, este toro de siglos,  
este toro que dentro de nosotros habita:  
partido en dos mitades, con una mataría  
y con la otra mitad moriría luchando.

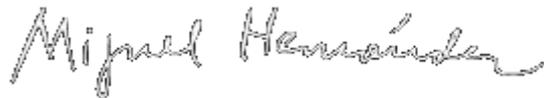
Atorbellínate.

De la airada cabeza que fortalece el mundo,  
del cuello como un bloque de titanes en marcha,  
brotará la victoria como un ancho bramido  
que hará sangrar al mármol y sonar a la arena.

Sálvate.

Despierta, toro: esgrime, desencadena, víbrate.  
Levanta, toro: truena, toro, abalánzate.  
Atorbellínate, toro: revuélvete.  
Sálvate, denso toro de emoción y de España.

Sálvate.



### ***Canción primera***

Se ha retirado el campo  
al ver abalanzarse  
crispadamente al hombre.

¡Qué abismo entre el olivo  
y el hombre se descubre!

El animal que canta:  
el animal que puede  
llorar y echar raíces,  
rememoró sus garras.

Garras que revestía  
de suavidad y flores,  
pero que, al fin, desnuda  
en toda su crueldad.

Crepitan en mis manos.  
Aparta de ellas, hijo.  
Estoy dispuesto a hundirlas,  
dispuesto a proyectarlas  
sobre tu carne leve.

He regresado al tigre.  
Aparta, o te destrozo.

Hoy el amor es muerte,  
y el hombre acecha al hombre.

### *Canción última*

Pintada, no vacía:  
pintada está mi casa  
del color de las grandes  
pasiones y desgracias.

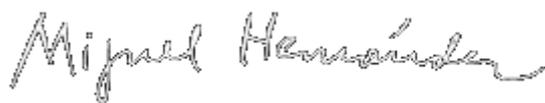
Regresará del llanto  
adonde fue llevada  
con su desierta mesa  
con su ruidosa cama.

Florecerán los besos  
sobre las almohadas.  
Y en torno de los cuerpos  
elevantá la sábana  
su intensa enredadera  
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua  
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

A handwritten signature in cursive script, reading "Miguel Hernández". The ink is dark and the handwriting is fluid and expressive.

### *Carta*

El palomar de las cartas  
abre su imposible vuelo  
desde las trémulas mesas  
donde se apoya el recuerdo,  
la gravedad de la ausencia,  
el corazón, el silencio.

Oigo un latido de cartas  
navegando hacia su centro.

Donde voy, con las mujeres  
y con los hombres me encuentro,

malheridos por la ausencia,  
desgastados por el tiempo.

Cartas, relaciones, cartas:  
tarjetas postales, sueños,  
fragmentos de la ternura,  
proyectados en el cielo,  
lanzados de sangre a sangre  
y de deseo a deseo.

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra  
que yo te escribiré.*

En un rincón enmudecen  
cartas viejas, sobres viejos,  
con el color de la edad  
sobre la escritura puesto.  
Allí perecen las cartas  
llenas de estremecimientos.  
Allí agoniza la tinta  
y desfallecen los pliegos,  
y el papel se agujerea  
como un breve cementerio  
de las pasiones de antes,  
de los amores de luego.

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra,  
que yo te escribiré.*

Cuando te voy a escribir  
se emocionan los tinteros:  
los negros tinteros fríos  
se ponen rojos y trémulos,  
y un claro calor humano  
sube desde el fondo negro.  
Cuando te voy a escribir,  
te van a escribir mis huesos:  
te escribo con la imborrable  
tinta de mi sentimiento.

Allá va mi carta cálida,  
paloma forjada al fuego,  
con las dos alas plegadas  
y la dirección en medio.  
Ave que sólo persigue,  
para nido y aire y cielo,

carne, manos, ojos tuyos,  
y el espacio de tu aliento.

Y te quedarás desnuda  
dentro de tus sentimientos,  
sin ropa, para sentirla  
del todo contra tu pecho.

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra  
que yo te escribiré.*

Ayer se quedó una carta  
abandonada y sin dueño,  
volando sobre los ojos  
de alguien que perdió su cuerpo.  
Cartas que se quedan vivas  
hablando para los muertos:  
papel anhelante, humano,  
sin ojos que puedan serlo.

Mientras los colmillos crecen,  
cada vez más cerca siento  
la leve voz de tu carta  
igual que un clamor inmenso.  
La recibiré dormido,  
si no es posible despierto.  
Y mis heridas serán  
los derramados tinteros,  
las bocas estremecidas  
de recordar tus besos,  
y con su inaudita voz  
han de repetir: *te quiero*.

*Miguel Hernández*

### ***El hambre***

Tened presente el hambre: recordad su pasado  
turbio de capataces que pagaban en plomo.  
Aquel jornal al precio de la sangre cobrado,  
con yugos en el alma, con golpes en el lomo.

El hambre paseaba sus vacas exprimidas,  
sus mujeres resacas, sus devoradas ubres,  
sus ávidas quijadas, sus miserables vidas  
frente a los comedores y los cuerpos salubres.

Los años de abundancia, la saciedad, la hartura  
eran sólo de aquellos que se llamaban amos.  
Para que venga el pan justo a la dentadura  
del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente,  
los que entienden la vida por un botín sangriento:  
como los tiburones, voracidad y diente,  
panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.

Años del hambre han sido para el pobre sus años.  
Sumaban para el otro su cantidad los panes.  
Y el hambre alobadaba sus rapaces rebaños  
de cuervos, de tenazas, de lobos, de alacranes.

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas,  
cicatrices y heridas, señales y recuerdos  
del hambre, contra tantas barrigas satisfechas:  
cerdos con un origen peor que el de los cerdos.

Por haber engordado tan baja y brutalmente,  
más abajo de donde los cerdos se solazan,  
seréis atravesados por esta gran corriente  
de espigas que llamean, de puños que amenazan.

No habéis querido oír con orejas abiertas  
el llanto de millones de niños jornaleros.  
Ladrábais cuando el hambre llegaba a vuestras puertas  
a pedir con la boca de los mismos luceros.

En cada casa, un odio como una higuera fosca,  
como un tremante toro con los cuernos tremantes,  
rompe por los tejados, os cerca y os embosca,  
y os destruye a cornadas, perros agonizantes.

*Miguel Hernández*

## *El herido*

Para el muro de un hospital de sangre.

### I

Por los campos luchados se extienden los heridos.  
Y de aquella extensión de cuerpos luchadores  
salta un trigal de chorros calientes, extendidos  
en rancos surtidores.

La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo.  
Y las heridas suenan, igual que caracolas,  
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,  
esencia de las olas.

La sangre huele a mar, sabe a mar y a bodega.  
La bodega del mar, del vino bravo, estalla  
allí donde el herido palpitante se anega,  
y florece, y se halla.

Herido estoy, miradme: necesito más vidas.  
La que contengo es poca para el gran cometido  
de sangre que quisiera perder por las heridas.  
Decid quién no fue herido.

Mi vida es una herida de juventud dichosa.  
¡Ay de quien no esté herido, de quien jamás se siente  
herido por la vida, ni en la vida reposa  
herido alegremente!

Si hasta a los hospitales se va con alegría,  
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,  
de adelfos florecidos ante la cirugía.  
de ensangrentadas puertas.

### II

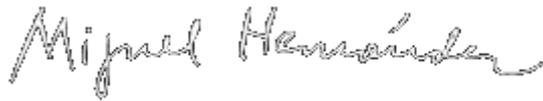
Para la libertad sangro, lucho, pervivo.  
Para la libertad, mis ojos y mis manos,  
como un árbol carnal, generoso y cautivo,  
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones  
que arenas en mi pecho: dan espumas mis venas,  
y entro en los hospitales, y entro en los algodones  
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos  
de los que han revolcado su estatua por el lodo.  
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,  
de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,  
ella pondrá dos piedras de futura mirada  
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan  
en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño  
reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.  
Porque soy como el árbol talado, que retoño:  
porque aún tengo la vida.



### *El tren de los heridos*

Silencio que naufraga en el silencio  
de las bocas cerradas de la noche.  
No cesa de callar ni atravesado.  
Habla el lenguaje ahogado de los muertos.

Silencio.

Abre caminos de algodón profundo,  
amordaza las ruedas, los relojes,  
detén la voz del mar, de la paloma:  
emociona la noche de los sueños.

Silencio.

El tren lluvioso de la sangre suelta,  
el frágil tren de los que se desangran,  
el silencioso, el doloroso, el pálido,  
el tren callado de los sufrimientos.

Silencio.

Tren de la palidez mortal que asciende:  
la palidez reviste las cabezas,  
el ¡ay! la voz, el corazón la tierra,  
el corazón de los que malhirieron.

Silencio.

Van derramando piernas, brazos, ojos,

van arrojando por el tren pedazos.  
Pasan dejando rastros de amargura,  
otra vía láctea de estelares miembros.

Silencio.

Ronco tren desmayado, enrojecido:  
agoniza el carbón, suspira el humo  
y, maternal la máquina suspira,  
avanza como un largo desaliento.

Silencio.

Detenerse quisiera bajo un túnel  
la larga madre, sollozar tendida.  
No hay estaciones donde detenerse,  
si no es el hospital, si no es el pecho.

Para vivir, con un pedazo basta:  
en un rincón de carne cabe un hombre.  
Un dedo solo, un solo trozo de ala  
alza el vuelo total de todo un cuerpo.

Silencio.

Detened ese tren agonizante  
que nunca acaba de cruzar la noche.

Y se queda descalzo hasta el caballo,  
y enarena los cascos y el aliento.

*Miguel Hernández*

## *Rusia*

En trenes poseídos de una pasión errante  
por el carbón y el hierro que los provoca y mueve,  
y en tensos aeroplanos de plumaje tajante  
recorro la nación del trabajo y la nieve.

De la extensión de Rusia, de sus tiernas ventanas,  
sale una voz profunda de máquinas y manos,  
que indica entre mujeres: *Aquí están tus hermanas,*  
y prorrumpe entre hombres: *Estos son tus hermanos.*

Basta mirar: se cubre de verdad la mirada.  
Basta escuchar: retumba la sangre en las orejas.  
De cada aliento sale la ardiente bocanada  
de tantos corazones unidos por parejas.

Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos  
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,  
y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,  
como a un inmenso esfuerzo le cabe: inmensamente.

De unos hombres que apenas a vivir se atrevían  
con la boca amarrada y el sueño esclavizado:  
de unos cuerpos que andaban, vacilaban, crujían,  
una masa de férreo volumen has forjado.

Has forjado una especie de mineral sencillo,  
que observa la conducta del metal más valioso,  
perfecciona el motor, y señala el martillo,  
la hélice, la salud, con un dedo orgulloso.

Polvo para los zares, los reales bandidos:  
Rusia nevada de hambre, dolor y cautiverios.  
Ayer sus hijos iban a la muerte vencidos,  
hoy proclaman la vida y hunden los cementerios.

Ayer iban sus ríos derritiendo los hielos,  
quemados por la sangre de los trabajadores.  
Hoy descubren industrias, maquinarias, anhelos,  
y cantan rodeados de fábricas y flores.

Y los ancianos lentos que llevan una huella  
de zar sobre sus hombros, interrumpen el paso,  
por desplumar alegres su alta barba de estrella  
ante el fulgor que remoza su ocaso.

Las chozas se convierten en casas de granito.  
El corazón se queda desnudo entre verdades.

Y como una visión real de lo inaudito,  
brotan sobre la nada bandadas de ciudades.

La juventud de Rusia se esgrime y se agiganta  
como un arma afilada por los rinocerontes.  
La metalurgia suena dichosa de garganta,  
y vibran los martillos de pie sobre los montes.

Con las inagotables vacas de oro yacente  
que ordeñan los mineros de los montes Urales,  
Rusia edifica un mundo feliz y transparente  
para los hombres llenos de impulsos fraternales.

Hoy que contra mi patria clavan sus bayonetas  
legiones malparidas por una torpe entraña,  
los girasoles rusos, como ciegos planetas,  
hacen girar su rostro de rayos hacia España.

Aquí está Rusia entera vestida de soldado,  
protegiendo a los niños que anhela la trilita  
de Italia y de Alemania bajo el sueño sagrado,  
y que del vientre mismo de la madre los quita.

Dormitorios de niños españoles: zarpazos  
de inocencia que arrojan de Madrid, de Valencia,  
a Mussolini, a Hitler, los dos mariconazos,  
la vida que destruyen manchados de inocencia.

Frágiles dormitorios al sol de la luz clara,  
sangrienta de repente y erizada de astillas.  
¡Si tanto dormitorio deshecho se arrojara  
sobre las dos cabezas y las cuatro mejillas!

*Se arrojará*, me advierte desde su tumba viva  
Lenin, con pie de mármol y voz de bronce quieto,  
mientras contempla inmóvil el agua constructiva  
que fluye en forma humana detrás de su esqueleto.

Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,  
fuerza serán que cierre las fauces de la guerra.  
Y sólo se verá tractores y manzanas,  
panes y juventud sobre la tierra.

*Miguel Hernández*

## Poemas últimos (1939-1941?)

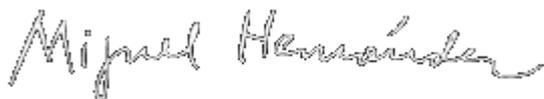
### *Todo era azul*

Todo era azul delante de aquellos ojos y era  
verde hasta lo entrañable, dorado hasta muy lejos.  
Porque el color hallaba su encarnación primera  
dentro de aquellos ojos de frágiles reflejos.

Ojos nacientes: luces en una doble esfera.  
Todo radiaba en torno como un solar de espejos.  
Vivificar las cosas para la primavera  
poder fue de unos ojos que nunca han sido viejos.

Se los devoran. ¿Sabes? No soy feliz. No hay goce  
como sentir aquella mirada inundadora.  
Cuando se me alejaba, me despedí del día.

La claridad brotaba de su directo roce,  
pero los devoraron. Y están brotando ahora  
penumbras como el pardo rubor de la agonía.



### *Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío*

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío:  
claridad absoluta, transparencia redonda.  
Limpidez cuya extraña, como el fondo del río,  
con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda..

¿Qué lucientes materias duraderas te han hecho,  
corazón de alborada, carnación matutina?  
Yo no quiero más día que el que exhala tu pecho.  
Tu sangre es la mañana que jamás se termina.

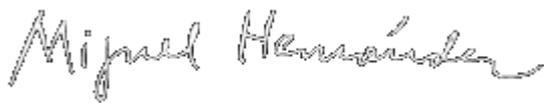
No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol: todo ocaso.  
Yo no veo las cosas a otra luz que tu frente.  
La otra luz es fantasma, nada más, de tu paso.  
Tu insondable mirada nunca gira al poniente.

Claridad sin posible declinar. Suma esencia

del fulgor que ni cede ni abandona la cumbre.  
Juventud. Limpidez. Claridad. Transparencia  
acercando los astros más lejanos de lumbre.

Claro cuerpo moreno de calor fecundante.  
Hierba negra el origen; hierba negra las sienas.  
Trago negro los ojos, la mirada distante.  
Día azul. Noche clara. Sombra clara que vienes.

Yo no quiero más luz que tu sombra dorada  
donde brotan anillos de una hierba sombría.  
En mi sangre, fielmente por tu cuerpo abrasada,  
para siempre es de noche: para siempre es de día.



### *El niño de la noche*

Riéndose, burlándose con claridad del día,  
se hundió en la noche el niño que quise ser dos veces.  
No quise más la luz. ¿Para qué? No saldría  
más de aquellos silencios y aquellas lobregueces.

Quise ser ... ¿Para qué? ... Quise llegar gozoso  
al centro de la esfera de todo lo que existe.  
Quise llevar la risa como lo más hermoso.  
He muerto sonriendo serenamente triste.

Niño dos veces niño: tres veces venidero.  
Vuelve a rodar por ese mundo opaco del vientre.  
Atrás, amor. Atrás, niño, porque no quiero  
salir donde la luz su gran tristeza encuentre.

Regreso al aire plástico que alentó mi inconsciencia.  
Vuelvo a rodar, consciente del sueño que me cubre.  
En una sensitiva sombra de transparencia,  
en un íntimo espacio rodar de octubre a octubre.

Vientre: carne central de todo lo existente.  
Bóveda eternamente si azul, si roja, oscura.  
Noche final en cuya profundidad se siente  
la voz de las raíces y el soplo de la altura.

Bajo tu piel avanzo, y es sangre la distancia.  
Mi cuerpo en una densa constelación gravita.  
El universo agolpa su errante resonancia  
allí, donde la historia del hombre ha sido escrita.

Mirar, y ver en torno la soledad, el monte,  
el mar, por la ventana de un corazón entero  
que ayer se acongojaba de no ser horizonte  
abierto a un mundo menos mudable y pasajero.

Acumular la piedra y el niño para nada:  
para vivir sin alas y oscuramente un día.  
Pirámide de sal temible y limitada,  
sin fuego ni frescura. No. Vuelve, vida mía.

Mas, algo me ha empujado desesperadamente.  
Caigo en la madrugada del tiempo, del pasado.  
Me arrojan de la noche. Y ante la luz hiriente  
vuelvo a llorar, desnudo como siempre he llorado.

*Miguel Hernández*

### ***El hombre no reposa ...***

El hombre no reposa: quien reposa es su traje  
cuando, colgado, mece su soledad con viento.  
Mas, una vida incógnita como un vago tatuaje  
mueve bajo las ropas dejadas un aliento.

El corazón ya cesa de ser flor de oleaje.  
La frente ya no rige su potro, el firmamento.  
Por más que el cuerpo, ahondando por la quietud, trabaje,  
en el central reposo se cierne el movimiento.

No hay muertos. Todo vive: todo late y avanza.  
Todo es un soplo extático de actividad moviente.  
Piel inferior del hombre, su traje no ha expirado.

Visiblemente inmóvil, el corazón se lanza  
a conmover al mundo que recorrió la frente.  
Y el universo gira como un pecho pausado.

*Miguel Hernández*

## *Sigo en la sombra, lleno de luz ¿existe el día?*

Sigo en la sombra, lleno de luz; ¿existe el día?  
¿Esto es mi tumba o es mi bóveda materna?  
Pasa el latido contra mi piel como una fría  
losa que germinara caliente, roja, tierna.

Es posible que no haya nacido todavía,  
o que haya muerto siempre. La sombra me gobierna.  
Si esto es vivir, morir no sé yo qué sería,  
ni sé lo que persigo con ansia tan eterna.

Encadenado a un traje, parece que persigo  
desnudarme, librarme de aquello que no puede  
ser yo y hace turbia y ausente la mirada.

Pero la tela negra, distante, va conmigo  
sombra con sombra, contra la sombra hasta que rueda  
a la desnuda vida creciente de la nada.

*Miguel Hernández*

